BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

GUERRA EN MARTE-II

glenn parrish

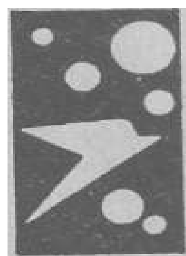
CIENCIA FICCION



GLENN PARRISH

GUERRA EN MARTE-II

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 207
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
*

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 22.679 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: julio, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del

autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 • Barcelona • 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Con expresión satisfecha, Joe Rottam contempló el panorama que se extendía ante él y le pareció mentira haber conseguido tanto en menos de dos años. El suelo verdeaba por todas partes, y los naranjos y las vides que había plantado empezarían a dar fruto al año próximo. Conseguir unos resultados semejantes en aquella tierra árida y desolada era cosa de la que muy pocos podían ufanarse.

Por supuesto, en muchos sitios había empleado los proyectores de crecimiento acelerado, aunque con cierta mesura, a fin de evitar daños innecesarios a las plantas. Otros hacían que sus naranjos y sus vides estuvieran en condiciones de dar fruto al año de plantados, pero el sabor de las naranjas y de las uvas era poco menos que inexistente en tales condiciones.

Rottam se había empeñado en ser el mejor granjero de aquel planeta y lo iba a conseguir. Naturalmente, en un lugar tan árido, se necesitaba agua en abundancia, pero a Rottam no le faltaba, merced al pozo que había hecho excavar y que, a cuatrocientos cincuenta metros de profundidad, había encontrado una vena de líquido abundante e inagotable. La bomba podía sacar tanta agua como quisiera.

Las tuberías llevaban el preciado líquido a todas partes. El agua había convertido en un vergel lo que dos años antes no era sino una vasta extensión de arenales, con escasas plantas de tipo desértico, que no eran de ninguna utilidad, ni para hombres ni para bestias. Rottam se sentía satisfecho de haber emigrado a aquel planeta, pese a las leyendas que corrían sobre él, y en aquellos instantes no se hubiera cambiado por el hombre más feliz de todo el sistema solar.

Ahora empezaba a pensar en la conveniencia de sembrar alfalfa, con lo que podría empezar a criar ganado en cantidad. Dudaba entre vacas u ovejas. Tendría que estudiarlo

detenidamente, porque antes de iniciar los trabajos de la ampliación de la granja, debía solucionar algunos problemas que tenía pendientes.

Si todo le salía bien... Marte II era un mundo magnífico, con sólo dos inconvenientes: estaba a dieciséis años luz de la Tierra y, prácticamente, pertenecía a un hombre.

Rottam no estaba muy seguro de los títulos de propiedad que alegaba Wolf Durdeen, pero tampoco se hallaba en condiciones de discutirlo. De momento, no le quedaba otro remedio que entendérselas con él. Y debía hacerlo pronto, porque aquella tierra le gustaba y deseaba afincarse en ella para siempre.

Marte II era un mundo magnífico, algo menor que la Tierra y con inmensas posibilidades. Había recibido tal nombre debido a su similitud con el cuarto planeta del sistema solar, aunque su volumen era algo mayor, lo que permitía la existencia de una atmósfera similar a la de la Tierra a cuatro metros sobre el nivel del mar. Ello, una vez aclimatado, hacía innecesarias las escafandras y máscaras de oxígeno, salvo en las montañas, a las cuales nadie viajaba, y cuyas cumbres, en ocasiones, alcanzaban los diez mil metros de altura sobre el nivel medio de la superficie.

En Marte II no había mares, ni siquiera corrientes de agua en forma de ríos o arroyos; toda el agua estaba bajo la corteza visible, a distancias que oscilaban entre los doscientos y los seiscientos metros. Era cuestión de perforar y bombear, simplemente. Y entonces se disponía de una inagotable reserva de líquido.

Pero Marte II tenía otro inconveniente, con el que no habían contado los primeros colonizadores. Joe Rottam se preguntaba con frecuencia si algún día podría resolver aquel inconveniente. Porque, entonces, Marte II se convertiría en un auténtico paraíso.

«Cut», el perro nativo, grande como un ternero, aulló de repente. Rottam se volvió para mirar al animal y le vio el lomo erizado.

—Ya están ahí otra vez esos condenados —masculló.

En los seis últimos meses, se habían producido dos batallas en las inmediaciones de sus terrenos. Rottam había aprendido que «Cut» anunciaba siempre la iniciación de una batalla con sus quejidos lastimeros. En la última, varias granadas de 240 mm habían caído dentro de los terrenos de su granja, destrozándole así por completo una plantación de lechugas. Rottam no estaba dispuesto a consentir que aquellos chiflados le arruinaran la granja.

En torno a su propiedad, formando un semicírculo de enormes dimensiones, se veían una serie de dunas arenosas que, en cierto modo, le protegían contra los vientos dominantes. Después de largos trabajos, Rottam había fijado las dunas con abundantes plantas nativas, convenientemente regadas, de modo que las temibles tempestades de arena de los primeros tiempos de su estancia en aquel planeta ya eran cosa del pasado.

De repente, a cosa de mil metros de distancia, Rottam vio surgir, como brotados de la nada, varios cientos de soldados armados hasta los dientes.

La cólera se apoderó de él.

—¡Ahora vienen a combatir en mis tierras! —exclamó, furioso.

Los soldados vestían de una forma peculiar: Rottam había visto las suficientes películas e ilustraciones gráficas como para no reconocer a los uniformes del siglo xx. Hasta las armas pertenecían a la primera mitad de aquel siglo.

Más y más soldados aparecieron en la línea de dunas. Rottam vio también surgir tanques y unas cuantas baterías de artillería, de distintos calibres, las cuales fueron rápidamente situadas en posición. Los soldados ocuparon la cresta de la línea de dunas y emplazaron allí sus ametralladoras y cañones de tiro rápido.

Rottam sintió que su pecho hervía de furia. Unos cuantos soldados levantaron varias tiendas de campaña. El hospital de sangre no era, se dijo; ya sabía que las bajas eran retiradas instantáneamente, apenas se producían, por lo que aquellas tiendas sólo podían tener un significado: eran el cuartel general

del jefe de las fuerzas.

—Ah, no, no —barbotó—. Si esos chiflados creen que van a guerrear en mi propiedad, están muy equivocados.

A lo lejos, en las alturas, brillaron de pronto unos puntitos metálicos. Rottam no los vio, ocupado en caminar hacia los soldados, dispuesto a poner verde a su general. «Cut» era un miedoso y corrió a esconderse en su caseta.

Un batallón de soldados, completamente equipados, apareció de pronto, a unos mil doscientos metros. Rottam sabía que aquellos hombres utilizaban aparatos especiales de traslación instantánea, lo que les permitía prescindir de las astronaves. Pero en aquellos momentos, Rottam no se sentía de humor para admirar las maravillas de la técnica de aquellos seres extraterrestres.

En pocos minutos, alcanzó el grupo de tiendas.

—¡A ver! —gritó, furioso—. ¿Dónde está el general?

¡Quiero hablar con él inmediatamente!

* * *

La lona de una de las tiendas se alzó y una mujer, vestida con uniforme de campaña, apareció ante los ojos de Rottam. Era morena, de pelo intensamente negro y tez blanca. La camisa de su uniforme contenía a duras penas el pecho macizo y netamente femenino. Los pantalones de color caqui eran cortos, lo que permitía ver unas piernas de perfectos contornos.

Era una mujer hermosa, pero Rottam no estaba para contemplar bellezas.

—El general —insistió.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Joe Rottam, propietario de estos terrenos, en los cuales se han instalado ustedes ilegalmente, para dar curso a una batalla no menos ilegal. Y puesto que la ley está de mi parte, les conmino a que líen todos sus bártulos y vayan con la música a otra parte.

Ella sonrió ligeramente. Rottam apreció que tenía unos

veintisiete años de edad.

—¿Y bien? ¿A qué espera? —Rottam sabía que había mujeres entre los combatientes, por lo que supuso que la joven debía de ser ayudante del jefe de las fuerzas—. ¿Por qué no me lleva inmediatamente a presencia del general?

—El general soy yo —declaró ella sorprendentemente—. Rubí Horthus, a sus órdenes, señor Rottam.

Rottam se quedó con la boca abierta.

—Oiga, usted me toma el pelo...

—Nada de eso —sonrió la joven—. Soy el comandante de la Décima División de Infantería del Ejército Imperial de Hithor.

—Pero... una mujer... j

—¿Es necesario ser hombre para mandar una división de Infantería, caballero? —preguntó ella, con bien modulada voz.

Rottam se irguió.

—Está bien, general —dijo—. No me importa que mande usted una división o hasta un cuerpo de ejército. Lo que quiero es que se marchen inmediatamente de aquí. Están en mis tierras y no voy a consentir que la batalla me destroce la granja.

—Dispense, señor Rottam, pero no estamos aquí tan ilegalmente como supone. ¡Coronel Furwald, enseñe al señor Rottam el permiso para ocupar estos terrenos durante el tiempo que necesitemos para librar la batalla que tenemos concertada con el ejército enemigo.

Un oficial salió de la tienda, con unos documentos en la mano. Eligió uno y se lo entregó al terrestre.

—Señor Rottam —murmuró, cortés.

Rottam leyó el papel.

—Pero esto es imposible —exclamó, segundos después—. Ese bribón no tiene derecho a disponer de tierras que no son suyas.

—El señor Durdeen, jefe del gobierno de Marte II, nos aseguró que este sector del planeta le pertenece y nosotros hemos fiado en su palabra, cuando fuimos a acordar el próximo —es decir, el ya actual— teatro de operaciones, como tenemos por costumbre, cada vez que se va a entablar una batalla entre

nuestro ejército y el de Fardil. Por tanto, si tiene algo que reclamar, hágalo al señor Durdeen y no a nosotros —declaró la general, impasible.

Rottam dobló el papel en silencio, con la cara contraída por la ira. Era una jugarreta de Durdeen, pensó, la sucia jugada de un hombre que, no pudiendo derrotarle por otros medios, buscaba la inconsciente colaboración de unos chiflados, cuyo mayor placer consistía en despedazarse en combate.

—Por favor, señor Rottam —rogó la mujer—. De un momento a otro va a empezar la batalla y nos disgustaría enormemente que sufriera algún daño.

Antes de que el terrestre pudiera tomar una decisión, se oyó un rugido ensordecedor.

—¡Al suelo! —gritó Rubí, a la vez que cargaba con el hombro contra Rottam.

CAPÍTULO II

Rottam cayó al suelo. Un avión disparó sus ocho ametralladoras. En las inmediaciones se oyeron unos gritos de agonía.

Algo silbó agudamente. Después del ametrallamiento, el avión enemigo lanzó una bomba, que convirtió en polvo un par de tiendas.

El aparato se remontó, rugiendo ensordecedoramente. Tumbado de bruces en el suelo, Rottam maldecía el momento en que se le ocurrió establecerse como colono en Marte II.

Tendida en el suelo, a su lado, Rubí hablaba por medio de un diminuto transmisor de radio. Rottam oía claramente las órdenes que daba y las respuestas que recibía de sus ayudantes y de los comandantes de unidad.

Los aviones enemigos, tan parecidos a los de la Segunda Guerra Mundial terrestre, seguían sus ataques encarnizados contra el cuartel general. En torno a la pareja, todo era muerte y destrucción. Los heridos chillaban espantosamente, pero desaparecían a los pocos momentos de recibir el impacto de un proyectil o de un casco de metralla.

La artillería de Fardil empezó a batir el terreno. Los antiaéreos de Hithor derribaron unos cuantos aviones, pero no consiguieron mermar la eficacia de sus ataques. Pe repente, Rottam vio que los soldados que ocupaban las crestas de las dunas abrían el fuego con sus armas ligeras y pesadas.

El estrépito era ensordecedor. Rottam se dio cuenta de que Rubí parecía indecisa. «Ha perdido la iniciativa», pensó.

Bruscamente, la línea de defensa flaqueó. Algunos núcleos resistieron en las cumbres, pero fueron acuchillados salvajemente por los asaltantes. El resto de las fuerzas, en completa derrota, corrieron desordenadamente hacia los lugares donde suponían serían recogidos por los transportadores espaciales instantáneos.

Un grupo de soldados enemigos apareció de pronto por retaguardia.

—¡Alto! ¡Rindan las armas! ¡Son todos nuestros prisioneros! —gritó un oficial.

Rottam se puso en pie de un salto.

—Amigo, me parece que no ha conseguido capturar ningún prisionero —dijo.

El oficial enemigo parpadeó.

—Estoy viendo a un general hithoriano...

—Lo siento, yo llegué antes que ustedes. Esa mujer es mi prisionera, y no me importa si es general o soldado raso.

Rubí quiso abrir la boca, pero Rottam no le permitió hablar.

—La batalla ha tenido lugar en mis tierras —añadió—. Váyanse; esta mujer, insisto, es mi prisionera, y se queda aquí para responder de los daños que me ha causado.

El oficial pareció vacilar. A lo lejos, un grupo de soldados de Fardil conducían a medio centenar de prisioneros. De pronto, los hicieron alinearse, de espaldas a una gran duna. Dos ametralladoras funcionaron mortíferamente. Rottam vio la escena y se estremeció, a pesar de que sabía que, en aquellas batallas, no se respetaba a los prisioneros.

Un hombre, vestido lujosamente, con su séquito de ayudantes, llegó en aquel momento. El oficial le saludó con gran respeto.

—Soy el general Kieffir —se presentó—. Tengo entendido que ha sido capturado el general del ejército rival.

—Sí, pero lo he hecho yo —dijo Rottam—. La general Horthus es mi prisionera, señor.

Kieffir le miró con cierta benignidad.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó.

—Joe Rottam, colono terrestre y propietario de estas tierras, general. Vine aquí para impedir que se librase la batalla, pero no pude conseguirlo.

—Y ha capturado a la general Horthus.

—Para que responda de los daños y perjuicios que me ha causado. Tengo pleno derecho a resarcirme de los daños

sufridos.

Kieffir se echó a reír.

—¿Qué va a hacer con esa beldad, aupada al puesto de general por amistades e influencia en su planeta? ¿Venderla como esclava?

—Pues mire, no sería mala idea, porque guapa lo es un rato v pagarían bastante por ella. Pero, de momento, seguiré considerándola como mi prisionera. Salvo inconvenientes superiores, por supuesto.

Kieffir se encogió de hombros.

—No tengo nada que oponer —contestó—. De todas formas, hubiera tenido que fusilarla, según la ley, así que por contenta puede darse si sigue con vida. Para mí es mucho más motivo de orgullo haber ganado mi undécima batalla que no volver a mi planeta anunciando que he tenido que fusilar a la prima del rey Sikhar.

—Ah, conque prima de un rey —murmuró Rottam—. La verdad, Sikhar no puede sentirse muy orgulloso de su femenino general.

—Sí, lo mismo opino yo. —Kieffir se llevó la mano a su lujoso casco de combate—. Señor Rottam, ha sido un placer —se despidió.

Los hombres de Fardil se marcharon rápidamente. Rottam y Rubí quedaron solos, en un terreno sembrado de impactos y de embudos de granada.

—De modo que pretende venderme como esclava —dijo ella, rompiendo por primera vez el silencio en que había caído, después de ser capturada.

—No sea estúpida —rezongó Rottam—. He presenciado unas cuantas batallas y sé la suerte que corren los prisioneros. ¿Le hubiera gustado acabar como esos cincuenta desdichados que fueron ametrallados salvajemente?

—Hubiera seguido mi destino —contestó Rubí, altivamente—. No me hubiera quejado, porque si yo hubiese capturado vivo a Kieffir, también le habría fusilado.

—Salvajes —masculló el joven a media voz—. Está bien, vamos a casa.

—No quiero. Usted no es un combatiente, no tiene derecho a considerarme como su prisionera.

Rottam miró a la joven un instante. Ella, pálida, pero desafiante, había cruzado los brazos bajo los senos opulentos y le miraba con expresión retadora.

—Han destrozado, al menos, un cuarto de mi granja —dijo Rottam al cabo—. Usted instaló su cuartel general en mis tierras...

—Con permiso de Durdeen —exclamó ella.

—Precisamente por eso mismo la he capturado: porque quiero que me acompañe a Puerto Durdeen, para hablar con ese lobo y aclarar de una vez esta maldita cuestión. Las tierras son mías, ¿comprende?

—Durdeen dijo que le pertenecían.

—Ya veremos. Vamos, camine.

—No.

Rubí continuaba en la misma postura, erguida, inmóvil, como dando a entender que no pensaba acatar las órdenes de su captor. Estaba muy guapa, reconoció Rottam para sí. «Parece la fierecilla antes de su doma», pensó.

De pronto, dio la vuelta a su alrededor, como si intentara estudiar críticamente su figura. Rubí no se movió, ni cuando el terrestre habló a sus espaldas:

—Es la primera vez que voy a hacer una cosa semejante con una mujer, pero lo que hace esto realmente interesante es que se trata de la prima de un rey.

Y antes de que ella pudiera entender el significado de las palabras, Rottam alzó la mano derecha y la golpeó con todas sus fuerzas en el atractivo final de su espalda.

Rubí gritó y saltó instintivamente. Un segundo golpe, quizá con mayor fuerza todavía, llegó al mismo sitio. Ella, con lágrimas de rabia en los ojos, echó a andar.

Rottam divisó una pistola en el suelo y la recogió.

—Puede serme útil —masculló—. Con Durdeen uno no sabe...

Un poco más adelante, arrancó una rama de un naranjo joven, desarraigado por una explosión. Rubí se mostraba

renuente a caminar de nuevo y él la hizo moverse con un par de golpes bien aplicados.

* * *

El perro salió a recibirles, ladrando y meneando la cola.

—Eres un cobarde, «Cut» —le apostrofó Rottam—. Anda, échate al suelo.

El animal obedeció. Rottam le quitó su collar.

—Acércate —ordenó a Rubí.

Ella obedeció. Antes de que se diera cuenta, tenía puesto el collar del perro.

—¿Por qué hace eso? —preguntó, llorando.

—Te lo mereces, pero aún no he acabado del todo.

Agarró a la joven por un brazo y la hizo entrar en la casa. Era rústica, pero confortable. En los rudos inviernos de Marte II la chimenea, ahora apagada, permanecía constantemente encendida.

—¿Qué quieres comer? —preguntó él.

—Nada, no tengo ganas.

—A tu gusto.

Rottam trasteó en la cocina durante breves minutos. Luego volvió a la sala con una gran bandeja en las manos.

—Mañana iremos a Puerto Durdeen —dijo.

—Soy tu prisionera —contestó ella abatidamente.

Rottam la miró con curiosidad.

—Parece que te has rendido muy pronto —observó.

—He sido derrotada. Ya no puedo volver a Hithor.

—Sin duda, preferirías haber muerto fusilada.

—Al menos, no habría perdido el honor.

Rottam rió sarcásticamente.

—Extraña forma de pensar —comentó—, pero, en fin, eso es cuenta tuya. ¿Estás segura de que Durdeen dijo que estas tierras le pertenecen?

—Sí. Yo misma fui a buscar un terreno adecuado para la próxima batalla. Había sido ascendida recientemente a general y me correspondía a mí mandar la división que había de entrar

en fuego.

—Elegiste muy mal. En cuanto a tu estado mayor, estaba compuesto por incapaces.

—¿Lo habrías hecho tú mejor?

—Probablemente. Lo que sucede es que la guerra no me gusta. Pero, ¿por qué diablos Hithor y Fardil están siempre en conflicto? —preguntó él de repente.

—Es una cuestión política. Se trata de saber cuál de los dos reyes ha de abandonar el trono en favor del otro.

—¿Cómo? —preguntó Rottam, estupefacto.

—Sí. Hace muchos años, se acordó una serie de batallas. El que ganase el mayor número, conseguiría el trono común a los dos planetas. En estos momentos, el tanteo es de ciento veinte a ciento diecinueve a favor de Fardil. Estábamos empatados —suspiró Rubí-, pero...

—Pero Kieffir ha roto el empate a su favor —dijo Rottam —. Y ¿se puede saber cuántas batallas más quedan por, digamos, celebrarse?

—Una, si la ganamos nosotros, con lo que el empate volvería a restablecerse. Entonces, se efectuaría ya la última batalla.

—Vamos, la final.

—Sí..., pero si la ganan ellos, yo ya no seré la prima de un rey.

Rottam la miró fijamente.

—¿Lo sentirás? —preguntó.

—Ya lo he perdido todo —contestó.

—Menos la vida. Ahora bien, lo que no entiendo es por qué habéis de guerrear precisamente en Marte II.

—El pacto establece que sólo los voluntarios podrán pelear fuera de los dos planetas. Ni Hithor ni Fardil deben verse afectados por el conflicto, y mucho menos los habitantes que no pertenecen al ejército.

—Y entonces, las batallas se libran aquí, en Marte II.

—Algunas. Otras se libraron en distintos planetas. Pero Marte II estaba deshabitado...

—Ahora está habitado y me habéis destrozado un cuarto

de granja —mascculló Rottam—. ¿Has dicho que todos los soldados son voluntarios? —añadió, curioso.

—En efecto, nadie que no venga por su propia voluntad viste el uniforme militar.

—Hombre, ya que mencionas el uniforme…, ¿por qué diablos usáis los que se empleaban en mi planeta hace unos doscientos cincuenta años?

—Antiguamente, quiero decir, en la época de las primeras batallas, se usaban armas más primitivas. Por supuesto, también disponemos de otra clase de armas, capaces de arrasar la superficie de un planeta, pero no queremos que gente inocente pague las consecuencias de esta guerra. Por otra parte, los contactos con vuestro planeta nos hicieron conocer la historia de la Tierra. Al fin, los estados mayores llegaron a la conclusión de que las armas convenientes serían las empleadas por vosotros a mediados del siglo XX.

—Pero… tenéis cañones, aviones, tanques…

Rubí sonrió por primera vez en largo rato.

—También tenemos duplicadoras de toda clase de objetos, siempre que sean inertes —contestó.

Rottam se pegó una palmada en la frente.

—¡Qué mundo! —exclamó—. Son capaces de duplicar cualquier cosa, pero todavía no han conseguido llegar a un auténtico estado de paz.

—Somos así, no le des vuelta, Joe.

—Hay que dar muchas vueltas al asunto —rezongó él—. Mañana vendrás conmigo a Puerto Durdeen.

—Sí, lo que mandes.

Rottam miró a la joven oblicuamente.

«No me fío de ella», pensó.

—Aguarda un momento —dijo.

Salió fuera. Si Rubí quería escapar, podría verla en el ocaso de aquel día tan agitado. Pero ella continuó en el interior del edificio.

Momentos después, entraba con una larga cadena en las manos.

—Tengo que atarte —dijo.

Ella se estremeció.

—Es un trato inhumano —se quejó.

—De perros, para ser más exacto —corrigió él sin pestañear.

Dada la envergadura de «Cut», el collar poseía un candado con cierre de combinación. Rottam quería dormir tranquilo aquella noche; tenía sus planes con respecto a su bella prisionera.

La cadena quedó sujeta a una anilla firmemente encastrada en uno de los muros. Luego, Rottam puso una jarra con agua a los pies de la joven.

—Es por si tienes sed, Ruby —dijo sonriendo.

—Me llamo Rubí —puntualizó ella.

—Como esa piedra preciosa de color rojo...

—Sí. Cuando llegué a la edad adulta, cambié mi nombre, de acuerdo con la ley hithoriana. No me gustaba el que tenía antes y el nombre de esa gema terrestre me atrajo desde el primer momento.

—Ah, claro. Y ¿cuál era tu primer nombre?

—Hyaxibrwkllmbhurathusalya.

—Horrible —calificó Rottam.

—Sí —confirmó ella, impasible.

CAPÍTULO III

Por la mañana, Rubí tenía hambre. Rottam la soltó, aunque no le quitó el collar. Luego le enseñó el cuarto de baño.

—Te he dejado ropas limpias —advirtió—. Son mías, pero están hechas de tejido extensible, de modo que se acomodan a

todas las tallas. No me gusta verte vestida de soldado.

—De general.

—Ex general.

Rubí asintió.

—Sí, señor —contestó mansamente.

Y se encaminó hacia el cuarto de baño.

—Ah, si pretendes escapar, «Cut» te apresará con los colmillos por… por… ¿Te imaginas?

Rubí soltó un bufido. Rottam se echó a reír.

Luego se puso a preparar el desayuno.

Tenía gallinas en la granja y, tiempo atrás, había sembrado unas cincuenta hectáreas de trigo. También tenía media docena de vacas y, en un lugar apartado y abrigado, una docena de colmenas. Cuando Rubí volvió del baño, totalmente cambiada, abrió mucho los ojos al ver la mesa puesta.

Había huevos fritos, mantequilla, grandes rebanadas de pan, café y un enorme tarro con miel. Rubí demostró tener un apetito magnífico. Al terminar el copioso desayuno, su cara ofrecía un aspecto enteramente distinto.

—Me siento como nueva —dijo.

—Eso es que en Hithor no sabéis preparar los alimentos —contestó él—. No es que desprecie la comida hithoriana, pero, vamos, no puede compararse con la nuestra.

Rubí entornó los párpados.

—Todo esto, ¿es obra tuya?

—Sí —respondió él orgullosamente—. Tengo gallinas, que dan huevos; abejas, que me proporcionan miel; vacas, que dan leche y mantequilla, y trigo almacenado para todo el año. Es cierto que uso máquinas, pero los alimentos son enteramente naturales, con el mínimo de transformación en la cocina, para evitar que pierdan sus virtudes.

—Nunca había visto una cosa semejante —dijo Rubí, con acento pensativo—. Empiezo a creer que los terrestres no sois los tipos blandengues y cobardes que todo el mundo estima así en mi planeta.

—Hubo un tiempo en que no había nadie más belicoso que nosotros. Y todavía quedan especímenes de esa clase de

gente. Pero la mayoría hemos aprendido que no hay nada como la paz para vivir tranquilamente. Y basta un poco de ambición y otro poco de trabajo, para prosperar moderadamente y no tener que envidiar nada al vecino.

Rubí hizo un gesto de asentimiento.

—A mí me han educado para la guerra desde niña —dijo.

—Y no te enseñaron que un día deberías tener un esposo y criar unos hijos.

—Lo estimaba un problema secundario. Quería llegar a general y ganar una batalla para mi primo...

—Ahora lo has perdido todo —dijo él crudamente—. Aunque quizá acabes ganando más de lo que piensas. ¿Estás lista?

—Sí.

Rubí se puso en pie al mismo tiempo que Rottam. Ahora vestía una especie de blusa de cuello cerrado, pantalones cortos y botas de media caña, con calcetines hasta la rodilla. Tenía un aspecto encantador.

—Pareces otra —murmuró él, a la vez que abría la puerta.

Un hombre se acercó a la pareja. Rubí vio que se trataba de un robot, al cual dio Rottam las últimas instrucciones.

—Es mi ayudante —explicó, a la vez que abría la portezuela del automóvil—. Un ayudante no humano, por supuesto. Me costó más caro, en un principio, pero a la larga resulta más económico, puesto que no consume más que un poco de electricidad. Y no protesta.

Ella asintió. El automóvil era de ruedas balón, de grandes dimensiones, a fin de poder moverse por todos los terrenos. La cabina, en caso necesario, podía hacerse estanca.

El motor era eléctrico. Rottam dio el contacto y pisó el acelerador.

Mientras rodaban por el camino central, Rottam señaló determinadas partes de la granja.

—Al año próximo tendré naranjas y uvas. ¿Las has probado alguna vez?

—-No, nunca. He oído hablar de esas frutas, pero no las he visto ni probado jamás.

—Son manjar de dioses —rió Rottam—. Al año que viene, insisto, tendrás ocasión de sentir el zumo de naranja resbalándote por la barbilla. Y conocerás el sabor de una uva moscatel…

—Me estás poniendo los dientes largos —dijo Rubí.

—Es que, la verdad, todavía no conoces de qué somos capaces los terrestres.

De pronto, se puso serio.

—También somos capaces de hacer algunas marranadas —rezongó, pensando en Wolf Durdeen, el hombre que, por alguna razón que no acababa de entender bien del todo —¿o sí la entendía?—, había autorizado la celebración de una batalla en los terrenos de su granja.

* * *

Desde lo alto de la duna, divisaron Puerto Durdeen, con las instalaciones del astropuerto en la distancia, al otro lado de la ciudad, si tal nombre podía aplicarse a un conjunto de treinta o cuarenta casas situadas en la llanura y a la sombra de los álamos hechos crecer en un año por procedimientos aceleradores.

La residencia de Durdeen estaba fuera de los límites de la ciudad. Era una lujosa posesión, abundante en agua y arbolado, con el interior climatizado, lujo que, hasta el momento, ningún otro colono se podía permitir.

—¿Por qué? —preguntó Rubí, cuando se lo dijo Rottam.

—Cada granja tiene una unidad generadora de electricidad. Hemos de gastarla en lo más imprescindible. Si hace calor, se pone uno a la sombra. Si hace frío, se enciende el fuego. Pero si quisiera climatizar mi casa, es muy probable que tuviera que trabajar sin mi robot.

—Entiendo. No puedes derrochar energía en… en cosas inútiles.

—Más o menos. La energía que me consumiría el climatizador, la dedico al robot, y me resulta mucho más rentable.

—Pero un generador de mayor potencia…

—Resulta más caro y vine a Marte II con el dinero justo.

—Lo siento —dijo Rubí.

—Oh, no te preocupes; me gusta vivir así. De todos modos, la vida cómoda y blanda no es para mí. Si quisiera vivir sin trabajar, me habría quedado en la Tierra.

Rubí le miró con sorpresa.

—¿Se vive sin trabajar en tu planeta natal?

—Bueno, podría haberme acogido al subsidio de paro… Pero esto es largo de explicar y ya estamos llegando a la casa de ese pirata. ¿Estás segura de que dijo que podías librar la batalla en mis terrenos?

—Absolutamente. Me dijo que cualquier eventual complicación legal, la solventaría él sin la menor dificultad.

—Muy bien, vamos a verlo.

El coche descendió la pendiente de una enorme duna, que alcanzaba a casi cien metros de altura sobre el nivel de la planicie, avanzó cuatrocientos más y se detuvo frente a la entrada del jardín de la residencia de Wolf Durdeen.

Un hombre apareció en la entrada. Era bajo, rechoncho, de tez blancuzca y dientes amarillos, con los que masticaba incesantemente una astilla de madera.

—Hola, amigos —dijo el sujeto.

—¿Qué tal, Millis? Anúnciame a tu jefe; quiero hablar con él —manifestó Rottam. \

—No sé si podrá recibirle; ahora está ocupado. Oiga, a esa prójima la he visto yo hace poco por aquí —exclamó el guardián.

—Sí, estuve aquí hace unos días —admitió Rubí, impasible.

—Ya me parecía a mí… Bueno, aguarden, voy a ver qué dice su Excelencia.

—Estás de broma, Sol Millis —dijo Rottam riendo.

Millis había echado ya a andar hacia la casa y se volvió a medias, para mirar al joven por encima del hombro.

—No estoy de broma, Joe —contestó.

—Excelencia es un tratamiento honorífico en la Tierra,

¿no es así? —dijo Rubí, cuando el vigilante se hubo marchado.

—Sí —admitió Rottam, preocupado, sin saber por qué—. Este condenado Durdeen se vuelve cada día más ambicioso.

—Es el dueño de Marte II, Joe.

—Hay que reconocerle una cualidad, y es que arriesgó mucho al establecerse aquí, en un mundo completamente deshabitado, al menos por seres humanos y completamente desierto, sin agua a la vista y con una vegetación poco menos que inexistente. Lo exploró y demarcó para sí vastas extensiones de terreno..., pero no ha resultado ser el sujeto generoso y desprendido que todos creen en un principio. Todo lo contrario, hace honor a su nombre de pila. Es un auténtico lobo, créeme.

—Se llama Wolf —dijo Rubí, sorprendida.

—Wolf es «lobo» en uno de los varios idiomas de mi planeta —señaló él.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, por el sendero enarenado que conducía a la casa, vieron venir un automóvil a toda velocidad.

El coche tenía las cortinillas corridas y sólo quedaba libre parte del parabrisas. Era punto menos que imposible distinguir a sus ocupantes, pero, al pasar frente a ellos, Rubí lanzó una exclamación.

—¿Qué hace aquí el mariscal Ardteil?

—¿Quién es Ardteil? —preguntó Rottam, sorprendido.

—Es el comandante de un Grupo de Ejércitos de Hithor y personaje muy influyente en la corte —contestó ella.

Pero Rottam ya no prestó más atención a las palabras de la joven. Millis se acercaba a ellos.

—Su Excelencia les aguarda —anunció pomposamente.

Rottam saltó al suelo y tendió la mano hacia Rubí, pero ella ignoró el gesto, saltando con no menor agilidad que el terrestre. Luego, en unión de Millis, echaron a andar hacia la casa.

Parados bajo la sombra de una gran parra, había tres o cuatro individuos, todos ellos armados con pistolas láser. Eran los sicarios de Durdeen, los perros mastines que cumplían sus

órdenes y llamaban al orden a los colonos recalcitrantes. De dos de ellos, Rick Pessino y Halley Mac Kild se rumoreaba eran simples asesinos a sueldo, con varias muertes cada uno sobre sus respectivas conciencias.

Rottam y la joven hithoriana entraron en la casa. Millis se detuvo ante una puerta de gruesos paneles de roble, tocó con los nudillos un par de veces y luego abrió una de las hojas:

—Excelencia, el señor Joe Rottam y su acompañante —anunció con gran énfasis.

Durdeen se puso en pie. Era un individuo gigantesco, de dos metros diez de estatura y ciento veinticinco kilos de peso. Tenía el pelo rojizo y su frondosa barba parecía una llama en su cara. Pero los ojos, de color azul claro, eran fríos, glaciales.

—Es un placer saludarles —dijo con toda cortesía—. Sol, déjanos solos, por favor.

—Sí, Excelencia.

La puerta se cerró. Durdeen miró codiciosamente a la joven.

—No esperaba volver a verla de nuevo, general Horthus —dijo.

—Ya no soy general, señor; soy la esclava del señor Rottam —declaró Rubí con expresión impasible.

CAPÍTULO IV

Durdeen se quedó parado un momento. Luego se echó a reír, a la vez que miraba a Rottam.

—Una broma estupenda, Joe —exclamó jovialmente.

—No hay tal broma, Wolf —gruñó el joven—. Hubo una batalla y yo capturé a la general Horthus, declarándola mi esclava de inmediato. Así le salvé la vida.

—Le estará muy agradecida, supongo.

Rottam se encogió de hombros.

—No importa eso ahora —contestó—. Lo realmente importante es que la batalla se libró en una parte de mis tierras. Usted no tenía derecho a conceder el permiso para ese combate, al menos en un sector que ya tenía dueño.

Los ojos de Durdeen escrutaron durante un instante el rostro de Rottam.

—¿Está seguro de que esos terrenos son suyos, Joe? —preguntó.

—¡Maldita sea! Pagué por ellos, pagué por la maquinaria, las semillas, las primeras parejas de animales domésticos...

—Pero no ha cancelado del todo su deuda.

—Oiga, hasta dentro de cuatro meses terrestres no vence el último plazo del préstamo. Acordamos que lo haría en especie: trigo, hortalizas y huevos. ¿O es que ya lo ha olvidado?

—No. Pero el que ha olvidado algunos de los términos de nuestro contrato es usted, Joe.

—No me diga, Wolf —se burló el joven—. Tengo ese contrato grabado en mi mente desde la primera a la última letra. Es una obsesión para mí y no tengo otro deseo más que pagar el último plazo y adquirir la plena propiedad de mi granja.

Durdeen meneó su cabeza envuelta en pelo rojo.

—Insisto en que no ha leído bien el contrato —dijo—. Artículo decimonoveno, párrafo cuarto: «El vendedor se reserva el derecho de exigir el pago de los plazos pendientes, con

antelación a la fecha de vencimiento de los mismos, siempre que alegue razón justificada.» ¿Lo recuerda, Joe?

Rottam parpadeó.

—Pero, Wolf, no hay ninguna razón…

—Se equivoca; existe esa razón.

—¿Cuál es si se puede saber?

Durdeen sonrió lobunamente.

—Me gusta su granja. Es la más productiva y la mejor trabajada y he decidido quedármela —respondió con supremo cinismo.

Rottam que quedó con la boca abierta.

—Eso es un robo —dijo Rubí.

Durdeen volvió los ojos hacia ella.

—No es un asunto de su competencia, general —contestó.

—No, claro que no, pero puedo calificarlo —dijo ella, impasible.

Los dedos del gigante pelirrojo tabalearon sobre la mesa.

—Joe, ¿tiene dinero para pagarme el último plazo? El importe asciende a cinco mil ochocientos veintisiete marcos marcianos —dijo fríamente.

—Maldita sea, Wolf; usted sabe de sobra que, en efectivo, apenas si tengo para pagarme un par de copas…

—Entonces, por las razones aducidas y porque así lo establece el contrato, me quedo con su granja. Mejor dicho, me he quedado ya, puesto que, como sabe, permití que se librase una batalla en aquellas tierras.

Una vena se hinchó en la frente del joven. El trabajo de dos años se volatilizaba en unos segundos, merced a la insaciable codicia de un hombre sin escrúpulos.

Y lo peor de todo era que no había tribunales a los que recurrir, porque, precisamente, el ladrón era el dueño de Marte II.

—Le envié una comunicación oportunamente —añadió Durdeen—. El correo no marcha muy bien, lo reconozco; por eso no le llegaría mí carta a tiempo.

—Usted es un cínico —dijo Rubí de pronto—. Cuando hablamos sobre la batalla, no mencionó para nada el hecho de

que esas tierras estuviesen en litigio.

—Y no lo están —rió Durdeen—. Si ya son mías...

Rottam avanzó de pronto hacia él. Rubí dio un salto.

—¡Quieto, Joe!

El joven se paró, sin comprender muy bien las intenciones de Rubí. Durdeen la miró intrigado.

De pronto, Rubí avanzó hacia el gigante y le asestó una tremenda bofetada en la cara. Durdeen reaccionó tal como ella había esperado: levantando la mano derecha para devolver el golpe.

Era, precisamente, lo que ella esperaba. Rottam contempló la escena como si estuviese viendo un sueño.

De súbito, Durdeen se encontró volando por los aires con ímpetu indescriptible. Su cuerpo chocó contra el tabique que había junto a la puerta, y el impacto de ciento veinticinco kilos, sumado a la velocidad, hizo que la pared se derrumbase con tremendo estrépito. Durdeen quedó en el suelo, envuelto en cascotes, completamente sin sentido.

—Vámonos, Joe —dijo Rubí. Sólo una leve palpitación en su pecho denotaba el esfuerzo que acababa de realizar.

Rottam la contempló con admiración.

—Tienes una fuerza increíble —dijo.

—No; sólo entrenamiento —contestó ella—. No olvides que, desde pequeña, me enseñaron a estar preparada para pelear.

Millis acudía corriendo.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó, alarmado.

—Deme la mano —pidió Rubí.

El sujeto obedeció, sin pensar. De pronto, se encontró volando por los aires. Cayó sobre la mesa de su jefe, resbaló a todo lo largo y salió disparado a través de la ventana, cuyos cristales saltaron con tremendo fragor.

—Eres un terremoto, Rubí —dijo Rottam, sonriendo.

Los otros sicarios acudían al ruido, con las pistolas a punto. Rubí sacó algo de su cinturón.

Varios gritos de dolor sonaron en el acto. Las pistolas, convertidas en sendas masas de metal, al rojo vivo, cayeron al

suelo, mientras sus dueños se frotaban las manos, escocidas por la inesperada quemadura.

Rottam se burló de los esbirros de Durdeen, pero se puso serio cuando estuvo de nuevo en el automóvil.

—Estoy arruinado —dijo.

—¿No puedes hacer nada para evitarlo? —preguntó Rubí.'

—No. Resistir por la fuerza sería suicida. Tendré que abandonar la granja.

—Lo siento de veras. Todo eso ha sucedido por mi culpa.

Rottam se encogió de hombros.

—Ya no importa nada —contestó—. Recogeré mis cosas y... Rubí, puedes quitarte el collar —exclamó de pronto.

—¿Significa eso que estoy libre?

—Sí.

Era una respuesta escueta, pero significativa. Rubí se quedó pensativa durante unos instantes.

Luego dijo:

—Me quedo el collar, pero te dejaré otra cosa.

Era una especie de cajita, que se desdoblaba como un pequeño libro, con la que ella había anulado las pistolas de láser de los hombres de Durdeen.

—Simplemente, les envié una descarga calórica de alta temperatura —dijo, a la vez que le entregaba el aparatito—. Pero si un día quieres comunicarte conmigo, usa la cifra dos dos nueve uno, seguida de mis iniciales. Te contestaré en el acto o alguien te pondrá en contacto conmigo.

—Me vuelvo a la Tierra, Rubí.

—Puedes llamarme desde allí, Joe.

La cajita pasó a poder de Rottam. Rubí saltó al suelo. Sonriendo de un modo extraño, se acarició el collar de «Cut», que todavía seguía ciñendo su garganta.

Luego echó a andar por la llanura. Su figura se empequeñeció, pero, de pronto, a unos doscientos metros de distancia, desapareció de la vista del terrestre.

Rottam suspiró.

—Y ahora, ¿qué diablos hago? —se preguntó.

Tenía algún dinero en el Banco, pero ni soñar en retirar

aquellos pocos centenares de marcos marcianos. El Banco era de Durdeen y congelaría su cuenta.

Tampoco podía soñar en volver a la Tierra, tal como había dicho momentos antes. Durdeen controlaba todos los transportes espaciales.

Ya sabía en qué acabaría: había dos o tres vagabundos en la ciudad, astrosos, arruinados, que mendigaban un pedazo de pan o una copa de licor. Sería uno más de ellos y, de vez en cuando, se pelearía con los demás, para apoderarse de alguna moneda que Durdeen, generosamente, les lanzaba al pasar.

Era un futuro que no le seducía en absoluto, pero, se dijo, si estaba arruinado, Durdeen no lo iba a pasar mejor.

* * *

Recogió apresuradamente sus objetos personales. Al robot le dio la orden de cuidar de todo, hasta que llegasen los nuevos dueños de la granja. Acarició la cabeza de «Cut», que ladró lastimeramente, como si presintiese la separación, y luego, en el barracón de las herramientas, buscó una serie de materiales que sabía le iban a hacer falta.

Antes de acabar el día, había abandonado el lugar en que tantas esperanzas había puesto. Todos sus sueños se habían evaporado, como si jamás los hubiese concebido.

Aquella noche acampó en una hondonada, donde sabía no podía ser visto. Se había llevado agua y provisiones en abundancia, de modo que no le importó quedarse allí durante algunos días.

Antes de que hubiera pasado una semana, ya tenía el aparato listo.

Lo probó un poco y quedó asombrado del éxito. Luego sonrió, pensando en la dulce venganza que se iba a tomar contra Durdeen.

El pelirrojo se sentía infinitamente orgulloso de aquel paraíso tropical que había creado junto a Puerto Durdeen. Para Rottam, sin embargo, era poco más que un objeto de adorno. No era enemigo de las flores, pero consideraba que primero

había que hacer crecer plantas útiles.

Por la noche, sin luces en el coche, con la luz de las dos lunas de Marte II solamente, se acercó en silencio a Puerto Durdeen. El vehículo quedó al pie de la gigantesca duna que había ante la casa de Durdeen.

Rottam había construido un gigantesco ventilador, conectado al motor del vehículo. Subió hasta la mitad de la duna, aplicó el freno y puso en marcha el ventilador.

La arena de la cresta empezó a moverse.

De vez en cuando, Rottam cambiaba la posición del vehículo, aunque sin parar el ventilador. Toneladas y toneladas de arena eran proyectadas a lo alto por la fenomenal potencia de aquel chorro de aire, proyectado inicialmente a más de doscientos kilómetros por hora.

La duna empezó a perder altura. Una vez, cuando va llevaba cuatro horas «soplando», Rottam disminuyó la velocidad del ventilador y corrió hacia arriba.

Sonrió satisfecho. Los resultados eran espectaculares.

Casi la mitad del jardín estaba enterrado por la arena. Junto a las paredes del edificio, la arena alcanzaba, a veces, medio metro de altura.

Rottam volvió al coche. El ventilador aceleró su velocidad de giro.

En la casa, Durdeen y sus compinches juraban y renegaban, sin comprender los motivos de aquella insólita tempestad de arena. En vano era que quisieran proteger la casa: el viento seguía soplando y la arena lo cubría todo.

Al amanecer, la duna había perdido más de cincuenta metros de altura. Todo lo que faltaba allí, estaba en la propiedad de Durdeen. La casa tenía arena hasta en el tejado. Ya no se veían puertas ni ventanas y la piscina, orgullo de su propietario, era sólo una masa de arena húmeda.

Rottam decidió que ya era hora de marcharse. Consultó el amperímetro: la aguja señalaba carga todavía para un par de horas. Recogió una cantimplora de agua y una bolsa con comida y echó a andar.

Poco después del amanecer, Durdeen y sus secuaces

encontraron la causa de la catástrofe. Por el número de la matrícula del coche, era fácil conocer la identidad del propietario.

—¡Ese condenado Joe Rottam! —gritó Durdeen, ebrio de ira por ver su casa sepultada en la arena—. Me las pagará, juro que me las pagará.

Dack Vinson, su secretario personal y hombre de confianza, consultó el reloj.

—Excelencia, a las once tenemos que entrevistarnos con el mariscal Ardteil en el punto E2-U7 —le recordó.

Durdeen trató de calmarse.

—Sí, tienes razón, ya lo había olvidado —contestó—. Pero, de todos modos, tenemos tiempo, Dack. —Se pasó una mano por la cara—. Y ahora, ¿dónde diablos me baño yo?

—Podemos ir a casa de Roberts, el director del Banco —sugirió Vinson.

—Sí, es una buena idea. Vámonos allá. Pero me tomaré el desquite; porque si ese maldito Rottam quiere irse de Marte II, tendrá que comprarme el pasaje de vuelta... lo que significa que tendrá que vérselas conmigo.

CAPÍTULO V

Rottam tenía intenciones de irse de Marte II, en efecto, pero no mediante un pasaje de astronave. Sin embargo, no había terminado aún de estudiar su plan.

Sentíase cansado y soñoliento, después de una noche entera en vela. Además, había caminado media docena de kilómetros, para alejarse de Puerto Durdeen. Buscó una grieta, en la hondonada en donde había trabajado los días anteriores, se tendió en el suelo, con la bolsa por almohada, se puso el sombrero sobre los ojos y, a los pocos momentos, dormía como un tronco.

Despertó más tarde, sin saber exactamente cuánto había dormido. Pero no se había despertado por sí, sino porque sonaban voces en las inmediaciones.

Su primer gesto fue el de echar a correr. Durdeen le había localizado, seguro. Pero, de pronto, oyó algo que le tranquilizó en buena parte.

Una de las voces pertenecía a Durdeen, en efecto. La otra...

—Antes de seguir adelante, quiero saber qué beneficios obtendré, mariscal —dijo el pelirrojo.

—Sólo una cosa, Excelencia —respondió el otro—. Precisamente, lo que usted ha ambicionado siempre y nunca ha podido conseguir, porque no lo permiten las leyes de Hithor y de Fardil. Sin embargo, podrían modificarse en su favor... por una sola vez, naturalmente.

Durdeen se acarició la espesa barba.

—¿Qué garantías tendré? —preguntó.

—Mi palabra —dijo el otro orgullosamente.

Durdeen se echó a reír.

—Eso no me basta, mariscal Ardteil. Necesito algo más que una simple afirmación —alegó.

—Mi palabra siempre ha bastado...

—En Hithor, no lo dudo pero estamos en Marte II y aquí la cosa es diferente.

—Puedo darle un documento, pero ¿de qué le serviría si no hiciéramos luego honor a nuestro compromiso?

—Lo leerían en Hithor, mariscal.

Ardteil asintió.

—Comprendo —dijo—. Sin embargo, usted nos devolverá el documento apenas tenga la duplicadora en su poder.

—Sí, marisca!. Devolveré el documento, pero después de haber comprobado que la máquina funciona a la perfección.

—De acuerdo. Y ahora, dígame, ¿cuál es el plan?

Durdeen habló durante un buen rato. Sin respirar apenas, Rottam escuchaba a una docena de pasos de distancia, agazapado en el fondo de la grieta. Debía pasar desapercibido, de otro modo, era hombre muerto.

Casi media hora más tarde, Durdeen y Ardteil se despidieron.

—Le comunicaré la fecha, Excelencia —dijo el mariscal.

—Empezaré a trabajar de inmediato. Antes de dos semanas, estará todo preparado —aseguró el pelirrojo.

Minutos más tarde, Rottam se arriesgó a asomar la cabeza.

La barrancada estaba desierta. Durdeen y sus acólitos habían regresado a la ciudad.

En cuanto al mariscal, era presumible que, junto con su séquito, hubiese empleado los transportadores instantáneos para regresar a su planeta.

Rottam aguardó todavía unos minutos. Para mayor seguridad, alcanzó el borde de la hondonada.

A lo lejos, se divisaba una nube de polvo en dirección a Puerto Durdeen. Rottam metió la mano en el bolsillo y sacó el transmisor de radio.

—Dos dos nueve uno R. H. —dijo—. Joe Rottam llama a dos nueve uno R. H. Contesten, pronto, por favor.

Repitió la llamada un par de veces. De pronto, oyó una voz de hombre que brotaba del para él invisible altoparlante del aparato:

—Le escuchamos, Rottam. Camine quinientos metros en

línea recta, dirección Nornoroeste de Marte II. Si lo prefiere, puede contar quinientos veinticinco pasos normales. Eso es todo.

La voz calló. Rottam trató de orientarse, calculando la altura del sol de Marte. II y la hora de su reloj. Una vez hubo averiguado la dirección que debía tomar, echó a andar.

Contó quinientos veintitrés pasos exactamente. Antes de llegar a la cifra quinientos veinticuatro, le pareció que una fuerza irresistible tiraba de él, como una especie de aspirador de una potencia indescriptible. Vio un instante una densísima oscuridad, percibió un sordo rugido, que atronaba sus tímpanos y, de repente, se encontró de nuevo en la luz y con los pies en suelo firme.

Aunque no había estado en aquel lugar jamás, no dudó ni por un momento de que había llegado a Hithor.

* * *

Era una ciudad grande, de amplias avenidas, con abundante arbolado y numerosas personas que iban y venían por todas partes, algunas a pie, otras utilizando distintos medios mecánicos, incluidas las aceras deslizantes. Las casas parecían sencillas, pero tenían un estilo agradable.

Lo curioso del caso era que no se veía un solo uniforme. Para ser un mundo en perpetua guerra, resultaba bastante extraño. Pero quizá los soldados estaban en sus cuarteles, situados lejos de la ciudad que, estimó, debía de ser la capital de Hithor.

A lo lejos, sobre una colina, divisó un gran conjunto de edificios. Le pareció que eran los destinados al gobierno y sus dependencias burocráticas. De repente, cuando todavía no había tomado una decisión acerca de lo que le convenía hacer en aquellos momentos, vio llegar un coche ocupado por cuatro hombres.

El vehículo se deslizaba a unos veinte centímetros del suelo. Debían de emplear la antigravedad, pensó Rottam.

Los cuatro sujetos usaban un uniforme gris oscuro, casi

negro, con insignias pateadas. Uno de ellos, en cuyo uniforme se divisaban dos semicírculos amarillos, paralelos, en el lado izquierdo del pecho, se apeó y saludó cortésmente al terrestre.

—Señor Rottam —dijo.

—Sí, yo mismo...

—Soy el teniente Hyandi, de la policía de Hithor. El coronel Mkabi le envía sus más cordiales saludos y me ruega le invite a visitarle en su despacho oficial.

—Muy bien, teniente, soy suyo —sonrió Rottam.

Hyandi extendió una mano. Rottam subió al vehículo y el oficial de policía lo hizo a continuación. El aeromóvil arrancó de inmediato, deslizándose a buena velocidad, aunque sin excesos.

Momentos más tarde, el coche se detenía ante uno de los edificios de la colina. Hyandi saltó al suelo y Rottam le siguió en el acto.

Entraron a través de una puerta guardada por dos policías que tenían aire de sentirse sumamente aburridos y que apenas si concedieron una mirada al terrestre. Un ascensor les llevó a uno de los últimos pisos. Hyandi se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos.

Alguien dio permiso desde el interior. Hyandi abrió y se quedó fuera.

Rottam cruzó el umbral. Al otro lado de una sencilla mesa de despacho, había un hombre delgado, de mediana estatura y aire afable, vestido con el mismo uniforme que el teniente. Sin embargo, en el pecho de Mkabi se veían tres círculos completos.

—¿Cómo está, señor Rottam? —saludó cortésmente el hithoriano—. Tome asiento, por favor.

Rottam se sentó.

—He llamado a la general Horthus, señor —manifestó—. Ella me dijo que...

—Lo sé, lo sé —sonrió Mkabi—. Lamentablemente, la general Horthus no podrá atenderle, como, sin duda, habrían sido sus más fervientes deseos. No obstante, usted en su calidad de extranjero podrá moverse a su entera libertad por la capital del planeta, admirar sus bellezas, disfrutar de sus comodidades

y regresar a Marte II cuando lo estime oportuno. Nuestros transportadores espaciales estarán a su disposición en cualquier momento. Bastará para ello que lo solicite al primer puesto de policía que encuentre, en donde le atenderán con el mayor placer.

Era una respuesta exuberante de amabilidad, pero que dio muy mala espina al terrestre. Mkabi no había dicho una sola palabra sobre el paradero de Rubí.

—Le agradezco mucho sus excelentes intenciones, general, pero mis propósitos, al venir aquí, son los de entrevistarme con la general Horthus —dijo con moderada energía.

—Pide algo imposible. La general no podrá atenderle, señor Rottam.

—¿Por qué, coronel?

—No puede, simplemente.

—Coronel —dijo el terrestre, tratando de armarse de paciencia—, no quisiera enojarle, pero me gustaría oír esa misma respuesta de labios de la general.

—¿Insiste en ello, señor Rottam?

—Aun a riesgo de molestarle, sí, señor.

—Está bien.

Mkabi alargó la mano y presionó una tecla de varias que había en su mesa. La habitación se oscureció, al mismo tiempo que, en una de las paredes, se encendía una colosal pantalla de televisión, de más de cuatro metros de largo por tres de altura.

* * *

La rueda era gigantesca, más que en su diámetro, en su longitud. Casi podría decirse mejor que era un interminable cilindro con paletas, que giraba alrededor de un eje, sostenido por decenas de soportes. A Rottam le recordó las ruedas de los antiguos vapores fluviales que había visto en grabados y películas.

El motor que movía la rueda era la energía humana.

Había decenas, cientos de personas trepando sin cesar por aquella escalera sin fin que era la rueda. Se agarraban a una

paleta con las manos y apoyaban un pie en la otra. La paleta bajaba y entonces levantaban el otro pie, y así sucesivamente, siempre con los mismos movimientos, sin que jamás pareciera tener fin aquel horrible trabajo.

Los condenados, hombres y mujeres indistintamente, vestían todos de la misma manera: unos sucios monos de color amarillo, en los que se veían manchas de abundante sudor. Los hombres tenían todos barba y pelo largo, lo que indicaba una patente falta de cuidados sanitarios.

El objetivo de la cámara se acercó de pronto a uno de los condenados.

El rostro de la mujer estaba brillante por el sudor. Sus manos y sus pies se movían rítmicamente, al compás de la velocidad de giro de la rueda. Parecía enormemente fatigada, pero daba la sensación de soportar el tormento con indomable energía.

Rottam casi estuvo a punto de gritar.

Aquella mujer, tan distinta de la que él había conocido, era Rubí.

* * *

La pantalla se apagó y la luz volvió a la estancia. Rottam giró para encararse de nuevo con Mkabi.

—¿Por qué, coronel? —preguntó lacónicamente.

—La general Horthus perdió una batalla y no se quedó a morir allí, como exigía su honor. En consecuencia, ha sido degradada y condenada a la rueda durante diez años.

Rottam apretó los labios.

—Si los vive —dijo.

Mkabi se encogió de hombros.

—No es cuenta nuestra —respondió.

—Es un tormento inhumano. ¿Qué sacan de condenar así a unas personas, haciéndoles realizar un trabajo del que no se obtiene fruto alguno?

—Se equivoca, terrestre. Aunque usted no lo crea, esa rueda, por medio de un ingenioso sistema de multiplicación de

fuerzas, mueve una gran turbina que proporciona a la capital casi la cuarta parte de la energía que consume. Bueno, hay más ruedas, claro, pero...

—¿Todos los condenados son gente que ha perdido batallas, coronel?

—Oh, por supuesto que no; hay delincuentes comunes: ladrones, estafadores, asesinos, mujeres de vida fácil... Pero cuando un general pierde una batalla y no muere, se le considera como un delincuente común y, en consecuencia, recibe la pena correspondiente a su delito.

—Muy interesante, coronel. Ahora, abusando de su amabilidad, tendré que pedirle que me diga el nombre de la persona que condenó a la general Horthus.

—Bien, en realidad, no fue una persona, sino un tribunal militar, presidido por un mariscal. Dado el rango de la acusada, no se podía someter a juicio de sus inferiores. Si le interesa conocer más detalles, le diré que el mariscal Ardteil en persona presidía el consejo de guerra que juzgó y sentenció a la general Horthus.

—Ya me parecía a mí —dijo Rottam con sorna—. Pero la general era mi prisionera …

—Lo siento, perdió esa cualidad al regresar a Hithor. Si ella se hubiese quedado en Marte II, nosotros habríamos respetado ese convenio; es decir, ella seguiría siendo su prisionera. Pero al volver a Hithor, quedó sujeta a las leyes de este planeta.

—Lo mismo que yo, en el momento actual —sonrió Rottam.

—Sí, desde luego. La ley es igual para todos...

—No sabe cuánto me alegro, coronel —dijo el terrestre.

Y, de repente, sin previo aviso, se arrojó contra Mkabi y empezó a darle de puñetazos.

Mkabi chilló agudamente, sin comprender los motivos de aquel ataque. El vapuleo siguió, hasta que Hyandi, con media docena de fornidos guardias, consiguieron aplacar las supuestas iras del terrestre.

El coronel Mkabi quedó en un estado lastimoso: sangraba

por la nariz y los labios, éstos partidos a consecuencia de los golpes, tenía un ojo cerrado y le faltaban dos dientes. Espurreando sangre al hablar, gritó:

—¡Llévenlo ante un tribunal inmediatamente! ¡Yo mismo formularé la acusación y juro que obtendré para él una condena de veinte años por lo menos! ¡Se dejará el pellejo en la rueda, Rottam, se lo juro!

Mkabi se habría sentido muy extrañado de haber visto la cara de Rottam en el momento de salir de su despacho. Porque el terrestre no sólo no parecía arrepentido de su acción, sino que sonreía muy satisfecho.

CAPÍTULO VI

La sala olía a sudor. El ambiente era irrespirable. En la rueda, los condenados movían manos y pies penosamente, vigilados por los guardianes provistos de látigos, que empleaban a la menor oportunidad.

Dos guardias arrojaron al condenado al interior de la apestosa sala. Rottam arrugó su nariz. «¡Qué diferente era el ambiente de su granja!», pensó, mientras buscaba con la vista a la ex general Horthus.

Rubí estaba allí, en el tercer tramo de la rueda, a unos cuarenta pasos de distancia. El corazón de Rottam palpitó al ver a la joven.

Uno de los guardias le empujó sin remilgos. Rottam fingió volverse colérico. Otro esbirro agitó su látigo.

—Cuidado, tú —dijo.

Rottam agachó la cabeza. El jefe de los vigilantes tomó unos papeles de mano de uno de los guardias. Firmó algo y devolvió un recibo a los que habían escoltado al reo hasta aquel lugar infernal.

—Está bien. Rottam, búsquese un sitio y empiece a mover los pies de inmediato. Si desfallece, procure no caer en las paletas de la rueda. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, señor —contestó el terrestre con fingida humildad.

Seguido de cerca por uno de los vigilantes, caminó hasta llegar al tramo en que se hallaba Rubí. Alargó los brazos y asió una de las paletas. Luego empezó a mover los pies.

—Hola, preciosa —dijo a media voz—. No vuelvas la cabeza, no grites. Soy yo, Joe.

Rubí se estremeció violentamente, tanto, que perdió el ritmo y estuvo a punto de caer.

—Cuidado —gruñó él.

—Sí... Oh, Joe —gimió ella—. ¿Por qué te han condenado? ¿Qué has hecho para venir a este lugar tan

horrible?

—Nada. Me enteré de que estabas aquí y le di un buen vapuleo al coronel Mkabi. De modo que te condenaron por fracasar en la guerra, ¿eh?

—Ya ves —dijo Rubí tristemente.

—Eres prima de un rey —alegó él.

—Mi parentesco no sirvió de nada. Ardteil invocó la ley. Mi primo tuvo que acatar la decisión del consejo de guerra.

Un horrible alarido interrumpió de pronto las palabras de la joven. Los guardianes corrieron apresuradamente hacia uno de los tramos de la rueda. Rubí no quiso mirar.

A los pocos momentos, dos guardianes trajeron a rastras el destrozado cuerpo de un infeliz. Tiraban de sus tobillos y el cuerpo dejaba en el suelo un ancho rastro de color rojo.

—Un tipo afortunado. Ese ya no padecerá más.

Rottam miró al hombre que acababa de hablar, un tipo fornido, de mandíbula cuadrada y rostro enérgico.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Se desvaneció por la fatiga. Pasa cuatro o cinco veces al día —contestó el individuo—. Pero no importa, siempre hay candidatos a mover esta maldita rueda. Incluso la hermosa prima de un rey.

—¿Quién es, Rubí? —preguntó Rottam.

—Dwitr Thell, ladrón —contestó ella.

—De los finos. Hasta que me echaron el guante, claro —rió Thell—. ¿Por qué estás tú aquí? —preguntó a continuación.

—Le zurré al coronel Mkabi. Soy Joe Rottam.

—Vaya, lástima no haberlo visto. Debió de ser una escena magnífica —comentó Thell.

—Tiene la nariz machacada, dos dientes de menos, un ojo a la funerala y los labios partidos.

—Habrá quedado guapísimo. Lástima que no le pillase yo: le habría parecido que le pasaba una apisonadora encima.

—Parece que Mkabi no te cae simpático, Thell —observó Rottam.

—Nos conocemos de antiguo. Me encomendó un trabajito y le contesté que nones. Entonces, simuló un robo y me lo

cargó. El tribunal, por tanto, me ha condenado a mover la rueda hasta que muera.

—Cadena perpetua —respingó el terrestre.

—Sí. Pero no temas; ni tú, ni yo, ni la beldad que tienes al lado, duraremos un año. Mucho antes, un día cualquiera, la fatiga nos rendirá y caeremos bajo la rueda.

Rottam se miró los pies. Las paletas pasaban, en la parte inferior de su giro, a unos quince centímetros escasos del borde del suelo encementado. El borde inferior quedaba a unos ochenta centímetros por bajo del nivel del suelo del cobertizo.

Luego miró hacia su izquierda. La rueda era kilométricamente larga. Rottam calculó que había no menos de mil condenados, moviéndose todos al mismo tiempo. Parecía, pues, lógico, que un cuerpo humano no pudiera contener por sí solo la potencia de dos mil pies moviéndose simultáneamente.

De pronto, se oyó un silbato.

—Es la hora —dijo Thell.

A espaldas de los condenados había varias puertas. Los miembros del relevo comenzaron a entrar y se dirigieron hacia la rueda.

Thell saltó al suelo.

—Hasta dentro de cuatro horas —se despidió.

Rottam saltó primero y tendió la mano a Rubí. Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Estoy segara de que has venido aquí por mi causa —dijo.

Rottam sonrió.

—Un día veré correr por tus labios el jugo de las naranjas de mi propiedad —contestó.

* * *

La comida era sustanciosa, pero poco apetitosa. Rottam contempló con aprensión aquella pasta de color gris-marrón que había en su plato.

—Puede que no te guste, pero cómela —aconsejó ella—. Al menos, proporciona calorías.

—En eso tienes razón —convino Rottam.

Estaban en un inmenso cobertizo, desprovisto de todo mobiliario. Los condenados dormían sobre simples esteras. Al fondo estaban los servicios, con duchas. Los platos eran de papel, lo mismo que la cuchara. Después de usados, se arrojaban a unos grandes recipientes.

—Por lo visto, no quieren correr riesgos con los condenados —murmuró el terrestre—. Rubí, te condenaron por perder una batalla.

—Sí. Pero no acabo de comprenderlo bien: teóricamente, debíamos de haber ganado...

—Y la perdisteis, y el mariscal Ardteil presidió el consejo de guerra que te condenó. ¿Por qué dices que debías haber ganado la batalla?

—Tracé un buen plan de operaciones. Simplemente, alguien se desvió de las instrucciones recibidas.

—¿Tienes idea de quién pudo ser?

—El coronel Jikhar. Es protegido del mariscal Ardteil. Mandaba la primera brigada de mi división y la situó en un lugar inadecuado, contraviniendo mis planes. Cuando quise ordenarle que rectificase mis posiciones, era ya tarde.

—Creo que empiezo a ver las cosas con cierta claridad —sonrió el joven—. Rubí, ¿te gustaría escapar de aquí?

Ella le miró con inmenso asombro.

—¡Joe, es imposible! —exclamó.

—No tanto, preciosa. Todavía sigo empeñado en verte comer naranjas de mi huerto..., aunque esto va para largo y no será fácil. Pero no me han traído aquí con los ojos vendados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rubí.

—Sólo queda por librarse una batalla. Si Hithor la pierde, habrá perdido la guerra, ¿no es así?

—Pero si ganamos, tendrá que celebrarse el desempate...

—Ya lo sé. No obstante, si esa batalla se pierde, no habrá desempate.

—Lo dudo mucho. Ardteil en persona dirigirá las tropas. Es un buen estratega.

—Y un traidor también. Ardteil perderá la batalla y con

ella, tu primo el trono.

Rubí le contemplaba estupefacta.

—Me parece que sabes más de lo que aparentas...

Rottam sonrió ladinamente.

—Sí, sé muchas cosas... —Miró a su alrededor. Thell, el ladrón, dormitaba a su lado y lo despertó de una patada—. Acércate, tú.

Thell se arrastró por el suelo, con visible malhumor.

—Hombre, no tengo más que cuatro horas de descanso y tú vienes a estropearme el sueño —rezongó.

—Anda, dile a la ex general la misión que te quería encomendar Mkabi —ordenó Rottam.

—Es muy sencillo. Me dijo que debía penetrar en el despacho del puesto de mando de la general Horthus y robarle el plan de operaciones. Yo me negué; no quería verme implicado en jaleos de esta clase. Ya serví durante cuatro años en el ejército y participé en doce batallas.

—¿Comprendes ahora, Rubí? —dijo Rottam.

—¿Para qué quería Mkabi mis planes de operaciones? —preguntó ella, estupefacta.

Thell se encogió de hombros.

—No me lo dijo —respondió desabridamente—. ¿Eso es todo, Joe?

—Aguarda —dijo Rottam—. Thell, vamos a escaparnos de aquí.

—Estoy durmiendo y sueño —exclamó el ladrón cáusticamente, a la vez que se tendía nuevamente en el suelo.

—No seas estúpido. Largarse de aquí es tan fácil como salir de la propia casa... siempre que se emplee un mínimo de inteligencia.

Thell se incorporó sobre un codo.

—Hombre, eso que dices parece interesante de veras —murmuró—. Vamos, hombre, empieza a hablar.

—Lo primero que tienes que hacer es entablar contacto con algunos tan deseosos como nosotros de salir de aquí. Me refiero, naturalmente, a tipos de confianza; no tengo ganas de que alguien, para congraciarse con el jefe de los vigilantes, sé

vaya con el soplo a última hora. ¿Vas entendiendo, Thell?

—Deja eso de mi cuenta —aseguró el ladrón—. ¿Qué más?

Rottam habló todavía durante algunos minutos. Al terminar, Rubí, que lo había oído todo, formuló una objeción:

—Lo único que conseguirás con eso será acumular más energía en los distribuidores —dijo.

Rottam meneó la cabeza.

—Antes están los reguladores..., pero después de las tomas de corriente para esta central. Y es aquí donde me interesa que se produzca la avería.

—-¿Cuándo? —quiso saber Thell.

—En este turno próximo, no; ya no hay tiempo material de avisar a los que tú estimes más seguros. Pero deberá ser al siguiente, que tiene, además, la ventaja de empezar a las cuatro de la madrugada, cuando la mayor parte del personal de vigilancia está descansando.

CAPÍTULO VII

Un espantoso alarido se oyó cuando el relevo entraba en el cobertizo donde giraba la rueda. Los látigos de los guardianes chasquearon.

—¡Seguid, seguid, la rueda no se puede parar jamás! El desgraciado que, muerto de fatiga, había perdido el equilibrio, estaba siendo destrozado por las despiadadas paletas de aquel cilindro gigantesco. Sus alaridos se convirtieron bien pronto en un estertor, que cesó a los pocos momentos.

Rottam se juró a sí mismo que un día alguien pagaría aquellas salvajadas. Cuando le llegó el turno, puso el pie en una de las paletas, estiró las manos y empezó a trabajar.

Thell estaba a su izquierda. Rubí, a su derecha. El antiguo ladrón había dado seguridades de que una veintena de tipos de confianza estaban con ellos.

—Pero cuando se apaguen las luces, usarán las lámparas de emergencia —alegó Rubí de pronto.

—Eso es, precisamente, lo que deseo —sonrió él.

Rottam seguía dándole a los pies. La ventaja de su plan estribaba, principalmente, en que debía ejecutarse al principio del turno de trabajo, cuando todos estaban más descansados. De pronto, dio un golpe con los nudillos en la madera de una de las paletas.

Thell repitió el golpe y un hombre que estaba diez metros más allá, hizo lo mismo. Decenas de manos hicieron lo mismo a lo largo de la gigantesca rueda.

Rottam hizo fuerza con los pies. Rubí y Thell le imitaron. Rottam dio ahora dos golpes con los nudillos.

La rueda, lo había observado bien por el gran reloj por el que se guiaban los guardianes para los relevos, se movía a razón de veintidós revoluciones por minuto. Treinta segundos después del primer golpe, las revoluciones eran ya veintiocho.

Era preciso conseguir que todo el mundo se habituase a un

ritmo más rápido. Podrían producirse bajas; era uno de los riesgos con los que Rottam había contado, pero, dentro de lo posible, prefería evitarlo.

Los guardianes no parecieron notar la aceleración de !a rueda. Al cabo de dos minutos, Rottam dio la nueva señal: dos golpes seguidos y dos espaciados.

Cinco segundos más tarde, la rueda se movía a treinta y seis revoluciones. Dos mil piernas subían y bajaban con un ritmo casi frenético. Los guardianes se alarmaron.

—Rubí, no te separes de mí —dijo él.

—Sí, Joe.

—Si salimos de aquí, necesitaréis un escondite —murmuró Thell.

—No vendrá mal, en efecto —convino el joven—. Vamos, un poco más de movimiento.

La velocidad subió a cuarenta revoluciones. Las luces adquirieron un brillo inusitado. El jefe de vigilantes, alarmado por uno de sus subordinados, entró en la sala.

—¡Alto, alto! —gritó, pero los condenados no le hacían el menor caso.

—Vamos, vamos —exclamó Rottam.

Los pies se movían frenéticamente. De súbito, todas las luces se apagaron.

Un terrible griterío estalló entre los condenados. El jefe de los guardias, sin comprender muy bien lo que sucedía, dio una orden:

—¡Enciendan las lámparas supletorias!

—Al suelo, Rubí —dijo Rottam.

Ella obedeció en el acto. Thell se despegó también de la rueda.

Sonaron algunos chillidos. Rottam comprendió que alguno, menos rápido que los demás, se había dejado arrastrar por las paletas. Los látigos de los guardias chasquearon inútilmente en la oscuridad.

De pronto, se encendieron varias luces.

—¡Ahora, Thell! —gritó el terrestre.

Los dos hombres saltaron hacia el guardia que sostenía el

farol supletorio, una enorme lámpara de vidrio, con mecha alimentada por aceite. Thell le golpeó en la sien y el hombre se desplomó fulminado.

Un poco más allá, dos condenados sostenían los extremos de un látigo. En el centro, rodeado por la correa, estaba el cuello de un guardián. Los condenados reían desaforadamente, mientras su víctima moría asfixiada.

Era una escena horripilante. Rubí volvió los ojos a un lado. Varios guardias, un poco más allá, habían disparado sus lacerantes pistolas láser, pero fueron aplastados literalmente por el fenomenal tumulto provocado por el apagón.

Rottam corrió con el farolón hacia la rueda y derramó el aceite sobre la madera de las paletas. Luego arrimó la llama de la mecha.

El combustible se inflamó en el acto. Media docena de faroles más fueron estrellados contra la rueda. Los guardianes, abrumados y desmoralizados, escaparon.

Las llamas aumentaban con rapidez. Rottam agarró la mano de Rubí y tiró de ella.

—Thell, guíanos —pidió.

—Seguidme —exclamó el ladrón.

Corrieron a través de la explanada que rodeaba los edificios de la penitenciaría. No había muro circundante, aunque sí una gran valla metálica.

—Está electrificada —advirtió Thell de pronto.

Rottam se echó a reír.

—¿Para qué te crees que hicimos saltar los fusibles de este lugar? —preguntó.

Los guardianes se habían declarado en franca huida. Utilizando todos los materiales que tenían a mano, los condenados hicieron saltar la valla. Luego se esparcieron por los campos circundantes en busca de la libertad.

Rottam, Rubí y Thell corrieron hasta hallarse en lugar seguro. A unos mil metros de distancia, Rottam se detuvo un instante y volvió la cabeza..

Las llamas alcanzaban a gran altura. La destrucción de la penitenciaría era un hecho.

—Inconvenientes de una política tacaña —comentó Rottam.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rubí.

—Si hubiera sido yo el constructor, de esa cárcel, no habría empleado un solo gramo de madera. Y habría elevado una tapia de veinte metros de altura a todo lo largo de... Pero ¿para qué hablar de algo que no querría hacer ni por todo el oro del mundo? ¿Vamos, Thell?

—Sí, será mejor que nos dejemos de charla —convino el ladrón.

La ciudad estaba a unos doce kilómetros. Dejando las llamas a la espalda, emprendieron la marcha en busca de la seguridad.

* * *

Thell entró con un bulto de ropas en la mano. Rottam y Rubí dormían en sendos camastros, en la habitación que el ladrón les había asignado. Rottam oyó los pasos y se sentó en el lecho.

—Traigo ropas limpias —anunció Thell.

—Y noticias.

—Sí. La destrucción de la penitenciaría ha causado un gran desconcierto en la policía. Nunca había pasado una cosa semejante.

—Estarán buscando a los fugitivos.

Rubí se despertó.

—¿Corremos peligro? —preguntó.

Thell se echó a reír.

—Esos tontos no saben por dónde empezar. Nunca se habían visto en una situación semejante. Bueno, cuando os hayáis puesto ropas limpias, mi chica os espera en el comedor.

El ladrón salió del dormitorio. Rottam se puso en pie.

—Ve tú primero al baño —indicó.

Momentos después, se sentaban a la mesa. La «chica» de Thell era una mujer todavía joven, de formas ampulosas, aunque de cara un tanto basta. La comida que les había

preparado era, sin embargo, excelente.

—Bueno, ¿cuáles son vuestros planes? —preguntó Thell, después de que sus huéspedes hubieron terminado de comer.

—Yo tendría que avisar a mi primo de la traición que le prepara su mariscal —dijo Rubí.

—La residencia del rey Sikhar estará muy vigilada. Ardteil sabe que te has escapado. No es tonto y supondrá que quieres ir a ver a tu primo. Esta vez, créeme, no tendría compasión de ti —aseguró Thell.

Rubí volvió los ojos hacia el terrestre.

—Aconséjame, Joe —solicitó.

Rottam estaba muy pensativo.

—La verdad, no me importaría en absoluto que este planeta perdiera su última batalla, porque ni su rey ni su corte se merecen la victoria. Oh, no es que diga que la victoria debe de ser para el otro bando —se apresuró a aclarar—; pensándolo fríamente, ninguno de los dos merece ganar. Pero me preocupa el futuro de Marte II, porque no pude conseguir enterarme de las concesiones que Ardteil hizo a Durdeen, a cambio de su ayuda. Y yo no emigré a Marte II para vivir como un esclavo.

—No sabemos cuándo se librará la batalla ni los planes de operaciones —dijo Rubí.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Thell soltó una maldición a media voz.

—Está bien —rezongó—. Mkabi me encomendó una vez una misión y, por no aceptarla, me envió a la rueda. Ahora lo haré gratuitamente. ¿Dónde pueden estar esos planes?

Rottam sonrió.

—Necesitarás un ayudante —dijo.

—No me vendría mal, en efecto —convino el ladrón.

Rottam se volvió hacia la joven.

—¿Rubí?

—Están... tienen que estar en la cámara acorazada del despacho de Ardteil —respondió ella—. Pero dudo mucho de que se pueda abrir, si no se conoce la clave.

Thell se echó a reír.

—Sin falsa modestia, no hay ninguna caja fuerte que se

me haya resistido hasta ahora y la de Ardteil no va a ser una excepción en el momento más necesario —dijo.

* * *

—¿Habrá sistemas de alarma? —preguntó Rottam, mientras contemplaba en la oscuridad el edificio donde Ardteil tenía su cuartel general.

—No lo creo —contestó Thell—. Un par de vigilantes, si acaso; nunca se ha producido un robo en estos lugares.

—Extraña confianza, ¿no te parece? Porque, lo mismo que vamos nosotros, podrían ir los espías de Fardil.

—Esta es una guerra de prestigio entre dos reyes chiflados —calificó Thell despectivamente—. Claro que secundados por una serie de cortesanos interesados y no hablemos tampoco de los fabricantes de armas. Pero, al menos, tienen una buena cosa: ninguno quiere ganar la guerra por métodos desleales. Se fija el día y el lugar de la batalla y los efectivos que van a tomar parte, y allí acuden los contendientes con sus ejércitos espaciotransportados. Naturalmente, gana el que mejor sabe colocar sus peones en el frente de operaciones.

—¿Y los soldados?

—Voluntarios fanatizados o mercenarios a sueldo. Pero el que sobrevive a seis batallas, tiene garantizado un retiro principesco para el resto de sus días.

—Eso debe de gravar enormemente el presupuesto, ¿no crees?

—Figúrate. —Thell hizo una mueca—. Vamos, es hora.

Thell había llevado consigo un extraño aparato, que puso en funcionamiento inmediatamente. Un motorcito antigravitatorio elevó el segundo motor hasta la ventana deseada, fijándolo allí por medio de unas grapas manejadas por control remoto. Del segundo motor pendía un cable de metal delgado como un hilo, pero con la suficiente resistencia como para aguantar el peso de dos personas si era necesario.

No obstante, Thell, para mayor seguridad, dijo que

subirían sucesivamente, él en primer lugar. El cable tenía en la parte inferior un estribo, en el que metió el pie.

Thell se elevó hasta las alturas. Rottam aguardó ansiosamente en el suelo. Esperó unos minutos, hasta que vio descender el cable nuevamente.

Cuando llegó arriba, los fuertes brazos del ladrón le hicieron entrar en una habitación a oscuras.

—Quieto ahí —susurró Thell.

Rottam obedeció. Oyó el ruido de unas cortinas que se corrían y luego vio luz. Thell había encendido una lámpara situada sobre una mesa de trabajo.

—Bueno, hemos acertado a la primera —exclamó, satisfecho.

La caja fuerte estaba al fondo. Aparentemente era sólo un trozo de brillante metal, de contornos rectangulares, con una serie de teclas de distintos colores a media altura.

—Hay que presionarlas siguiendo un determinado orden y tocando cada tecla el número de veces previamente convenido —señaló Thell—. Pero como nosotros no sabemos la clave…

Thell se acercó a la caja. Llevaba en las manos lo que parecía un tubo de pasta dentífrica, de grandes dimensiones. Quitó la tapa con todo cuidado y apretó el tubo. La pasta se adhirió al metal, siguiendo los contornos de la zona de teclas de apertura. Luego, un hilo de aquella pasta siguió hasta llegar al borde, que Thell recorrió hasta cubrirlo por completo en los cuatro lados.

Terminada la operación, sacó del bolsillo una pequeña pastilla, envuelta en papel metálico. Mientras la desenvolvía, se volvió hacia Rottam y le miró sonriendo:

—Esta clase de trucos no la conoce demasiada gente —dijo.

La pastilla quedó adherida a una de las líneas de pasta. Thell se retiró vivamente.

—Vuélvete de espaldas y cúbrete los ojos. A los diez segundos, se producirá la ignición.

Rottam obedeció. La estancia se llenó de repente de una luz deslumbradora. La pasta, supuso, ardía por una reacción

química, provocada por la tableta colocada a continuación.

El resplandor duró otros diez segundos. Luego se extinguió.

—Bueno, esto ya_ está listo —dijo Thell.

Sacó una pequeña palanca blanca del bolsillo y la insertó en una de las ranuras abiertas por el fuego. La combustión de la pasta había fundido el metal en unos instantes, debido a la elevadísima temperatura desarrollada.

Thell forcejeó un instante. Al fin, consiguió despegar la puerta de la caja fuerte, que cayó al suelo.

En el mismo momento, un terrible chorro de fuego, sin apenas ruido, brotó de la caja fuerte y alcanzó de lleno a Thell. Parecía el fogonazo de un gran cañón.

Thell ardió como una pavesa, sin tiempo siquiera para lanzar un grito. La habitación se llenó en el acto de un nauseabundo olor a carne quemada.

Rottam se sintió aterrado. El cañón de fuego había pasado a poca distancia de su cuerpo. Durante una fracción de segundo, había sentido el intensísimo calor desarrollado y hasta se quedó sin respiración. Luego, reaccionando, corrió hacia la caja fuerte.

Había algunos documentos y algo de dinero. Rottam se echó al bolsillo, sin escrúpulos, un fajo de billetes: «Podían necesitarlos», pensó. Luego se apoderó de un sobre en el que se leía: «Plan cáscara frágil. Batalla número 120».

El sobre fue a parar al interior de su camisa. Luego se volvió. Sobre la mesa, había un transmisor portátil y se apoderó de él sin vacilar.

De pronto oyó pasos.

Giró en redondo. Dos hombres se abalanzaban sobre él. En alguna parte, pensó, había funcionado una alarma silenciosa.

El primero de los vigilantes se dobló sobre sí mismo, cuando un pie se hundió en su bajo vientre. El otro quiso golpear a Rottam con la culata de su pistola, pero el terrestre lo alzó en vilo con sus poderosos brazos y lo lanzó a enorme distancia.

Mientras el cuerpo del vigilante rodaba por el suelo,

Rottam corría hacia la ventana. Pasó las piernas por el antepecho, metió un pie en el estribo y se dejó deslizar hasta el suelo. Segundos más tarde, se había perdido en la oscuridad.

CAPÍTULO VIII

Una sombra se deslizó sigilosamente por la calle débilmente iluminada. Rottam alcanzó la puerta del refugio y tocó en ella con los nudillos.

La puerta se abrió a los pocos instantes. El rostro de Rubí blanqueó en la oscuridad.

—Joe —murmuró—. Vienes solo —advirtió de repente.

—Thell ha muerto. Había una trampa en la caja fuerte.

Rubí lanzó un gemido. Luego se apartó a un lado para que el terrestre pudiera entrar en la casa.

—Shyffia se va a llevar un terrible disgusto cuando lo sepa —dijo Rubí.

Era la «chica» de Thell. Rottam asintió.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—Ha salido a trabajar. Ya sabes...

—Sí, me lo imagino. —Rottam suspiró—. Lo siento de veras; Thell era un buen amigo. Pero gracias a él, tenemos el plan de operaciones.

El sobre fue a parar sobre la mesa. Rubí lo contempló con curiosidad.

—Cáscara frágil. Vaya un nombre extraño —comentó.

—Es de suponer que cada plan de operaciones reciba un nombre en clave —dijo Thell.

—Sí, pero... tan raro...

—Rubí, será mejor que estudies el plan y digas luego tu opinión. A fin de cuentas, eres una entendida en la materia. Ah, he podido llevarme también un transmisor individual y un fajo de billetes. Me pareció que podíamos necesitar ambas cosas.

—Has hecho bien —aprobó la joven.

Rottam se fue a la cocina en busca de comida, mientras ella quedaba en la sala, con los planos del terreno donde se iba a librar la batalla y las órdenes de operaciones. Rottam volvió un cuarto de hora más tarde.

—¿Y bien? —dijo.

Ella alzó la vista de los papeles.

—El plan es acertado. Es un buen trabajo de Estado Mayor. No se ha dejado nada al azar. Intervendrán dos cuerpos de ejército, con tres divisiones cada una, más los apoyos logísticos correspondientes. Dos brigadas aéreas, con ciento veinte aviones cada una, cuatro batallones blindados y diez grupos de artillería, de cuatro baterías de seis cañones cada uno.

—Doscientos cuarenta cañones, no está mal —sonrió Rottam—. Una masa bastante importante de artillería, sin contar con las piezas ligeras de cada división. El servicio de municionamiento tendrá que trabajar bastante.

—Sí, pero no importa; ya sabes, es cuestión de que las duplicadoras funcionen sin parar. Y las espaciotransportadoras, por supuesto.

Rottam se acarició la mandíbula.

—¿Se conoce el lugar de la batalla? —inquirió.

—Sí. Está en la cuadrícula T-40=R-02. Ya la he señalado en el mapa.

Rottam se inclinó sobre el mapa que ella había extendido sobre la mesa.

—Un buen terreno de operaciones —dijo, tras unos minutos de examen del mapa—. Pero, claro, no soy un estratega... ¿Lo sabe el enemigo?

—Se acuerdan hora, día y el terreno de operaciones. Naturalmente, se hace mediante mensajes que se cruzan entre los respectivos Estados Mayores. Pero en estos documentos no se hace mención alguna del día de la batalla.

Rottam se quedó pensativo un instante.

—Durdeen dijo que lo tendría todo preparado para dentro de un par de semanas... claro que de eso hace ya diez días. Por tanto, sólo tenemos cuatro para evitar esa batalla.

Rubí meneó la cabeza.

—No podremos evitarlo —dijo—. Y aunque piense que es algo bárbaro, no puedo traicionar a mi planeta y avisar a Fardil.

—No te preocupes; Ardteil lo habrá hecho ya por su

cuenta. Pero ¿qué diablos puede obtener como beneficio de su traición?

Los dos callaron unos momentos. De pronto, Rottam se volvió hacia la joven.

—¿Cómo podríamos trasladarnos a Marte II? —preguntó.

—Necesitaríamos una transportadora espacial y eso no es fácil de conseguir —respondió Rubí.

—¿No hay nadie en Hithor que posea, privadamente, un aparato de esa clase?

— El único, tal vez, es el doctor Phu-Wi, un insigne geólogo, al que por razón de su prestigio se le concedió el libre uso de una de esas máquinas. Pero no sé si accedería...

De pronto, Rottam se echó a reír. Ella le miró con extrañeza.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Es curioso. Yo también soy geólogo, aunque cambié los minerales por los vegetales. Me gustaban más, ¿sabes?

—Sí, pero...

Rottam la agarró por un brazo.

—Anda, vamos a ver a ese Phu-Wi —dijo. Bruscamente, recordó algo. Metió la mano en el bolsillo y sacó parte del dinero robado en la caja fuerte de Ardteil—. Es todo lo que podemos dejar a la chica de Thell.

Ella asintió. Instantes después, salían a la calle.

* * *

Phu-Wi parpadeó al conocer los deseos de sus intempestivos visitantes.

—No sé si debo... La espaciotransportadora es para mi uso exclusivo —alegó—. Podrían quitármela, si la dejara a otras personas.

—Tenemos que volver a Marte II —alegó Rubí apasionadamente—. Usted es nuestra única esperanza, profesor.

Aun así, después de conocer todos los detalles, Phu-Wi se mostraba reticente.

—Pero ¿cómo sé que no la usarán para algo malo? —dijo

—. Ustedes son fugitivos de la justicia; les habían condenado a la rueda…

—Profesor, ¿aprueba usted esa clase de castigos corporales aplicados a los delincuentes? —preguntó Rottam.

—Por supuesto que no…

—¿Aprueba el que miles de seres humanos mueran sólo porque dos hombres se disputen un puesto preeminente, en este caso el trono común de dos planetas?

—Siempre he sido opuesto a tales barbaridades —admitió Phu-Wi—, pero ¿qué puede hacer un hombre solo contra la voluntad general?

—Ah, de modo que usted opina que esa guerra se libra por la voluntad general de los pueblos de los dos planetas.

—Hombre, no —contestó el acosado geólogo—, pero…

—Déjenos usar su transportadora. Nosotros queremos acabar de una vez para siempre con estas guerras.

—De todas formas, sólo queda una batalla.

—O dos, si la gana el mariscal Ardteil y tiene que celebrarse el desempate. Pero, aun así, pueden morir muchos miles de hombres. Y ¿qué ganarán los dos planetas, aunque su gobierno sea uno y sólo uno su rey?

—Bien, pero, ¿cuál es su plan?

—Evitar la batalla —declaró Rottam tajantemente.

Phu-Wi se volvió hacia la joven.

—Estoy con él —dijo Rubí con sencillez.

—Muy bien. Otra cosa. ¿Dónde está su duplicadora? —preguntó el terrestre.

—Mi… ¿Qué tiene eso que ver con el viaje a Marte II?

—Más de lo que usted se piensa. ¿Puede dejarme papel y pluma, profesor?

—Sí, por supuesto. Pero sigo sin entender…

—Lo comprenderá dentro de unos minutos. Papel y pluma, por favor.

Phu-Wi acabó por resignarse a ceder al ímpetu de sus juveniles visitantes. Rottam se sentó ante una mesa y escribió algo en una cuartilla, procurando que las letras fuesen del tipo mayúsculas y perfectamente inteligibles.

Al terminar, Rubí, que había leído por encima de su hombro, se quedó estupefacta.

—Eso es absurdo, Joe —exclamó—. Ninguno de los dos querrá...

Rottam sonrió maliciosamente.

—¿No dicen de continuo que ellos sólo obedecen la voluntad del pueblo? —contestó.

Se puso en pie y avanzó hacia la habitación donde se hallaba la duplicadora, una enorme máquina de más de cuatro metros de alto, por otro tanto de fondo y diez de anchura.

—Este aparato puede funcionar ininterrumpidamente, ¿no es así, profesor? —consultó.

—En efecto —respondió Phu-Wi.

—Muy bien. Vamos a sacar, por el momento, un millar de copias de esta proclama. —Rottam se volvió hacia la joven—. Cuando las tenga hechas, tú te quedarás aquí. Necesitamos varios miles más, ¿entiendes?

—Sí, pero ¿qué harás con las mil primeras?

—Se las entregaré a Shyffia.

Rubí se quedó con la boca abierta. Pero no pudo decir nada más. Phu-Wi había puesto en marcha la duplicadora.

La cuartilla entró en la máquina a través de una ranura. Instantes después, salía otra cuartilla análoga por una ranura situada a corta distancia de la anterior.

Phu-Wi vigilaba el marcador de cifras de repetición. Al llegar a la cifra mil, lo anunció al terrestre.

Rottam cargó con el paquete de cuartillas.

—Sigue aquí, Rubí —dijo.

Y salió resueltamente de la casa, con las proclamas metidas en una bolsa que le había proporcionado el geólogo.

* * *

Shyffia tenía los ojos húmedos pero se mantenía serena y erguida.

—Tú querías a Thell, ¿no es cierto? —dijo Rottam.

—Sí —contestó ella con voz opaca.

—Eres joven y atractiva. No tardarás en tener más pretendientes; y no te molestes porque lo diga, ya que es ley de vida. Pero puedes hacer algo en memoria de un hombre mucho mejor que los que se consideran a sí mismos decentes y honestos.

—Sí, lo haré —accedió Shyffia sin vacilar.

—No quiero que actúes sin saber de qué se trata. Por cierto, has encontrado aquí una buena suma de dinero.

—Es cierto. Gracias —dijo ella, sonriendo levemente.

—Resulta una pobre compensación, pero… Bien, toma, lee y dame tu opinión.

Shyffia cogió la cuartilla y leyó el mensaje contenido en ella. Al terminar, miró al joven sorprendida.

—Estupendo, pero…

—¿Qué, Shyffia?

—¿Dará resultado, Joe?

—¿Se le había ocurrido antes a alguien una idea semejante?

—Es verdad, nadie había pensado en ello —reconoció la nativa.

—Bien, repártelo entre tus amistades. ¿Conoces a algún soldado?

—Sí, unos cuantos…

—Dales también unas copias de este mensaje. Lo que interesa es que su contenido se vaya extendiendo en el pueblo, ¿comprendes?

Shyffia acabó por sonreír abiertamente.

—Lo haré —afirmó—. Créeme, en Hithor, y supongo también que en Fardil, estamos hartos de esta maldita guerra. No intervenimos en ella de un modo directo, sino pagando una serie de tributos que nos despellejan día a día. La mayor parte de la gente está harta ya de esta situación y lo que quieren es que reine el que sea, pero que nos dejen tranquilos de una vez.

—Algo de eso me pasa a mí también —convino Rottam—. Se anuncia una tremenda batalla; quizá intervengan más de cien mil hombres por bando. Pueden morir veinticinco o treinta mil…, o Dios sabe cuántos. Hay que evitarlo, ¿comprendes?

—Estoy plenamente de acuerdo contigo. Gracias, Joe.

Rottam se encaminó hacia la puerta. Shyffia le llamó de pronto.

—Joe, ¿por qué haces esto? ¿Por qué te arriesgas tanto? —preguntó.

El terrestre se volvió.

—Me gustan las naranjas de mi propio huerto —contestó sorprendentemente.

CAPÍTULO IX

El hombre entró en su casa y cerró la puerta con doble vuelta de llave. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía un huésped inesperado.

—¿Quién es usted? —preguntó, irritado.

—No me conoce, coronel Jilkhar…

—General, señor —dijo altivamente el recién llegado.

—Ah, ya le han ascendido. Ese es el precio de su traición, ¿verdad?

Jilkhar frunció el ceño.

—Todavía no sé quién es usted —dijo.

—Me llamo Joseph Peter Linus Rottam, pero puede llamarme Joe a secas, general Jilkhar, coronel traidor.

—Está insultándome, Joe…

—Sólo repito lo que me dijo la general Horthus, a quien usted traicionó miserablemente el día de la batalla, en Marte II. ¿Le han dado el nuevo grado como premio por esa traición? 1

—La general Horthus es una delincuente, evadida de la penitenciaría donde cumplía condena…

—Eso ya lo sé; pero hay que añadir que, si fue condenada, se debe a su traición, general. La batalla que ella había planteado estaba bien, pero usted falló deliberadamente con su brigada. ¿De acuerdo con Ardteil?

La cara de Jilkhar se puso púrpura. Rottam sonrió satisfecho.

—Sí, traicionó a su general, pero no por animosidad personal hacia ella, sino porque forma parte de un vasto plan de mucha mayor envergadura —continuó Rottam—. En ese plan, la general Horthus, sin ella saberlo, era sólo un peón sin importancia. ¿Qué otro premió espera usted después de la próxima traición? ¿Acaso el bastón de mariscal?

Jilkhar dio media vuelta.

—Iré a avisar a mi guardia personal —anunció.

Un hombre saltó sobre él y le atenazó por el cuello. La voz de Rottam sonó amenazadora en la oreja izquierda del nativo.

—General, si no habla, le aseguro que va a morir estrangulado —amenazó—. En cuanto a su escolta personal, no se preocupe, no se enterarán de nada…, como no se han enterado de mi entrada en su casa.

Jilkhar gorgoteó algo ininteligible. Rottam, implacable, aumentó la presión de su brazo.

Las manos de Jilkhar se alzaron, suplicando piedad. Rottam aflojó un poco el brazo.

—Ha… hablaré… —jadeó el general.

—Eso está mejor. Empiece.

Jilkhar habló durante algunos minutos. Luego, al terminar, Rottam lo lanzó al suelo de un terrible empellón.

—No lo conseguirán —dijo.

Y se dirigió hacia la puerta, pero, en aquel momento, oyó ruido a sus espaldas y giró velozmente sobre sí mismo.

Jilkhar hacía esfuerzos por sacar su pistola láser. Rottam tenía una en las manos.

Disparó primero.

Un delgadísimo rayo de luz escarlata brotó del cañón del arma y fue a parar al pecho de Jilkhar. El general sintió algo parecido a una barra de fuego que le atravesara el pecho, pero la sensación duró fracciones de segundo. Instantáneamente, perdió el sentido y cayó hacia atrás.

Momentos después, Rottam salía de la casa. La pistola fue a parar junto al cuerpo desvanecido de uno de los guardias de la escolta personal de Jilkhar. Un poco más allá había otros tres cuerpos en idénticas condiciones.

Rottam había empleado la puerta trasera. Después de narcotizar a los guardias, con una pistola de gas, que la propia Shyffia le había proporcionado, había podido entrar en el edificio sin ser molestado.

Se marchó sin prisas. El sueño de los soldados duraría, al menos, hasta el amanecer. Y no eran más que las once de la noche, hora de Hithor.

* * *

Phu-Wi estaba atando con el cordel uno de los paquetes de impresos. A su lado, Rubí recogía los que salían de la máquina y los apilaba sobre una mesa.

—Pues mire, profesor, no me había dado cuenta de que una duplicadora puede sustituir sin inconvenientes a una imprenta —dijo jovialmente.

Phu-Wi soltó un gruñido.

—No sé si esto saldrá bien… Me preocupa la tardanza de Joe —manifestó.

—Joe está aquí —sonó de pronto la voz alegre del aludido.

Rubí se volvió hacia él.

—Hola —dijo, con ojos resplandecientes.

Rottam se acercó a la joven y la besó con toda desenvoltura.

—Pero, Joe —protestó ella, encarnada como una guinda.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te han besado nunca?

—Bueno, es que tú…

—Yo soy tu futuro marido y el padre de tus hijos —declaró él sin rodeos—. Pero esto queda un poco lejos todavía. ¿Cómo va la cosa?

—Bien —contestó Phu-Wi—. Ya tenemos veinte mil ejemplares. Pero no sé cuándo terminaremos…

—Hemos terminado ya —dijo Rottam—. Profesor, ¿cuándo puede tener lista la espaciotransportadora?

—En el momento en que se desee —respondió Phu-Wi—. Pero hay algo que me gustaría decirle, mi joven amigo.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Quiero ir con ustedes. Me mata la curiosidad por saber en qué va a acabar todo esto.

—Puede que no acabe bien, profesor —advirtió Rottam—. Aunque haremos todos los posibles para conseguir un buen final.

—Bien, sea como sea, iré con ustedes —decidió Phu-Wi.

—De acuerdo. Y puestos ya a llevar cosas, ¿por qué no

prepara usted un equipo de sondeos hidrológicos que no sea demasiado pesado?

Rubí se sorprendió de la petición.

—¿Para qué ese equipo, Joe? —inquirió.

—Ven un momento —dijo él—. Quiero que veas algo en el mapa de operaciones.

Rubí y el profesor siguieron a Rottam hasta la sala, donde se hallaba el mapa perteneciente a los planes del mariscal. Rottam señaló la zona donde se iba a librar la batalla.

—Al oeste de este lugar, pero a menos de dos kilómetros, se halla la granja de Ben Larriet, un buen amigo mío, con esposa y tres chiquillos —indicó—. Mi granja se encuentra a cuarenta kilómetros más al oeste, pero eso es algo que no tiene importancia ahora. Bien, a lo que íbamos; en la granja de Ben, basta dar un taconazo en el suelo para que brote agua.

—¿Tiene eso algo que ver con los planes de operaciones, Joe? —preguntó la joven.

—No lo sé, puede que no…, pero Ben y yo lo hemos comentado más de una vez y… Les ruego me perdonen; no quiero hablar más hasta que el profesor haya efectuado un par de sondeos en la granja de mi amigo.

Rubí miró fijamente a Rottam. Sin saber por qué, presintió que la elección del frente de combate tenía mucho que ver con la traición del mariscal Ardteil.

En aquel momento se oyó un zumbido suave, de resonancias alternativas.

—Perdonen, llama el videófono —dijo Phu-Wi.

Rottam echó mano a la pistola láser que pendía ahora de su cinturón. Phu-Wi dio el contacto, escuchó un instante y luego movió la mano.

—Es para usted, Joe.

Rottam se acercó al aparato.

—¡Shyffia! —exclamó.

—Tengo noticias para ti —dijo la mujer—. Lo… que me diste, parece que empieza a resultar.

—Estupendo. ¿Has repartido toda la carga?

—Toda. Tengo muchos amigos. Créeme, no ha habido ni

uno solo que no haya calificado de genial el contenido de la proclama.

Rottam sonrió.

—Gracias, hermosa; lo has hecho estupendamente —elogió.

Y ya se disponía a cortar la comunicación, cuando Phu-Wi intervino de nuevo.

—Esperen un momento, los dos, por favor —pidió—. Joe, ¿esa mujer es amiga suya?

—De toda confianza, profesor —respondió el terrestre.

Phu-Wi estudió unos instantes el rostro de Shyffia. Luego movió la cabeza apreciativamente.

—Shyffia, no la conozco a usted, pero creo que será la ayudante personal que necesito —dijo—. Véngase a mi casa inmediatamente.

Ella se quedó sorprendida un instante, pero no tardó en reaccionar.

—Iré en seguida, profesor —contestó.

Phu-Wi se volvió segundos después hacia la pareja.

—Para mis trabajos, necesito un ayudante, aunque no tenga titulación —explicó—. Y usted, presumo, estarán demasiado ocupados para ayudarme en mis investigaciones.

Rottam asintió, sonriendo.

—Para Shyffia será una buena distracción, profesor —aseguró.

* * *

Rottam se materializó a menos de doscientos metros de los edificios de la granja, al atardecer del día siguiente. Rubí le siguió un minuto más tarde.

El equipo del profesor y los paquetes con las proclamas llegaron a continuación. Phu-Wi y Shyffia se hicieron visibles poco después.

—Un lugar maravilloso —elogió el profesor.

—Sí, Larriet es un tipo que sabe trabajar la tierra —convino Rottam. De pronto vio algo que le hizo sospechar—.

Será mejor que se escondan detrás de esos setos.

Phu-Wi y Shyffia obedecieron en el acto. Rottam estudió unos instantes la situación, escondido también detrás del seto.

—¿Qué ocurre, Joe? —preguntó la muchacha.

—Aquel automóvil... Es demasiado nuevo, flamante; conozco bien el de mi amigo y sé que, aunque en buen estado de funcionamiento, el aspecto externo deja un poco que desear.

—Tendrá visita —supuso Rubí.

—Quizá, pero todavía no conozco a un colono que haya podido comprarse un coche nuevo. Antes de hablar con Ben será mejor que investigue discretamente.

Corrió agachado a lo largo del seto y salió a unos bancales situados a espaldas de la casa. Rubí le siguió puntualmente, mientras el geólogo y su improvisada ayudante aguardaban con el equipo en el mismo sitio.

Momentos después llegaban a la casa. Rottam se asomó a una de las ventanas.

Larriet discutía casi violentamente con dos tipos. Su esposa, sentada ante una mesa, con la cabeza hundida entre las manos, sollozaba amargamente.

—Parece que tu amigo está en un compromiso —observó Rubí, en voz baja.

—Viendo a Millis y a Mac Kild no me extraña en absoluto —contestó él.

Y, sin perder más tiempo, empezó a deslizarse hacia la parte delantera de la casa.

Abrió la puerta sin hacer ruido. En aquel momento, Mac Kild lanzaba una dramática intimación al dueño de la granja:

—Mañana, al amanecer, todo esto debe quedar libre. Si no lo ha hecho, aténgase a las consecuencias, Larriet.

—Millis, ¿está tratando de aplicar a mi amigo Ben el artículo diecinueve, párrafo cuarto, del contrato firmado con un buitre que se hace llamar Excelencia?

CAPÍTULO X

La sorpresa de los presentes fue enorme. Mac Kild fue a sacar su pistola, pero Rottam tenía ya la suya en la mano y se quedó quieto.

—¡Joe! —exclamó Larriet—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ayudaros, Ben —respondió el joven—. ¿Qué te sucede? Quieren echarte de la granja, ¿no es eso?

—Sí —confirmó Larriet—. Todavía no han vencido los últimos plazos de los suministros, pero ahora, ese cerdo de Durdeen alega ese maldito párrafo para echarme de aquí. No lo comprendo: hace pocas semanas estuve con él y me prometió que cumpliría fielmente el trato.

—Ahora se ha echado para atrás.

—Sí, Joe.

—Eso no le importa a usted, Rottam —dijo Millis agriamente.

La respuesta de Rottam fue una patada al vientre del esbirro, que lo derribó sin sentido.

—Desármalos, Ben.

Larriet se apresuró a cumplir la orden. Mac Kild miró malignamente al joven.

—Lo pagará, Rottam —dijo lúgubremente.

—Eso ya se lo he oído al buitre de tu jefe —rió Rottam, con desenvoltura—. ¿Por qué quieren echarte, Ben? ¿Lo sabes? —preguntó.

—Supongo que por lo mismo que a ti, Joe —contestó Larriet—. Tu granja era ya enormemente productiva, como la mía. Ese bandido dejó que trabajáramos hasta deslomarnos y ahora se queda con todo, para revenderlo a otros incautos, con una enorme ganancia.

La mujer de Larriet se puso en pie.

—Aunque no sabemos hasta qué punto tiene derecho a firmar los contratos de venta —exclamó—. Durdeen alega ser el descubridor de Marte II, pero se rumorea que antes que él llegó

otro, un tal Ernie Katzer, quien sería, en tal caso, el verdadero dueño del planeta.

—Eso no lo sabía yo —dijo Rottam.

—Lo hemos oído hace tiempo ya —contestó Mary Larriet—. Pero nunca se ha visto a Katzer ni se sabe qué fue de él, aunque algunos de los más viejos en el planeta sí le conocieron personalmente. Opinan, simplemente, que Durdeen lo hizo matar.

—Y ahora estará enterrado en cualquier parte —murmuró Rottam.

—Imagínate —dijo Larriet.

—Está bien, de todos modos, eso no nos interesa por ahora. Ben, dales una cantimplora de agua. Van a saber lo que es caminar a pie hasta Puerto Durdeen.

Mac Kild se escandalizó.

—Oiga, hay casi ochenta kilómetros...

—Si se mueren de sed en el desierto, nadie les echará de menos —contestó Rottam, implacable—. Ben, ¿llevaban algún transmisor individual?

—No —contestó Larriet—. Pero tendrán uno en el automóvil...

—No tienen automóvil —sonrió Rottam.

Momentos después, Mac Kild y Millis, quien ya había recobrado el conocimiento, eran obligados a abandonar la granja. A fin de evitar sorpresas, Rottam perforó las ruedas balón de su coche e inutilizó también el transmisor de radio.

Los dos forajidos, con la cantimplora de agua, emprendieron la marcha en el acto.

—Joe, todavía no me has presentado a la joven que te acompaña —se quejó.

—Es verdad, lo había olvidado, Ben —contestó Rottam—. Esta chica tan preciosa se va a quedar a vivir en Marte II, porque dice que le gustan mucho las naranjas.

—Hombre, yo tengo un cesto de las que hemos recogido estos días —exclamó Mary—. Venga conmigo, muchacha.

—Sí, señora —sonrió Rubí.

Rottam y Larriet se quedaron solos en la puerta de la casa.

En la ventana del piso superior, tres caritas infantiles contemplaban la escena con gran curiosidad.

—Bueno, Joe, agradezco mucho lo que has hecho en mi favor, pero temo que no hayas hecho sino retrasar la pérdida de mi propiedad —dijo Larriet instantes más tarde.

—Nada de eso; la granja seguirá siendo tuya. Es más, te diré por qué Durdeen quería quedársela. ¿Recuerdas que en más de una ocasión te he dicho que vives sobre un gran lago subterráneo?

—Sí, es cierto; y tú que eres geólogo debes saber algo al respecto.

—Pero ahora vamos a confirmarlo —sonrió el joven. Se separó unos pasos de la casa y gritó—: ¡Profesor! ¡Shyffia! Ya pueden venir.

* * *

Al amanecer del día siguiente —ninguna de las personas mayores durmió aquella noche en la granja—, Rottam y Larriet dieron por terminados sus trabajos. Phu-Wi y Shyffia llegaron poco después. El profesor conducía el automóvil de Larriet, al cual iba enganchado un remolque para transporte de mercancías.

En esta ocasión, sin embargo, el remolque transportaba algo muy distinto de frutas o verduras. Phu-Wi paró el coche y ayudó a descender a su ayudante.

Shyffia parecía otra. Con la cara limpia de afeites y el pelo tirante hacia la nuca, además de un sencillo mono de trabajo, su aspecto era enteramente distinto del que ofrecía cuando Rottam la conoció por primera vez. Incluso daba la sensación de sentirse muy a gusto junto al geólogo.

Phu-Wi entró con un tambor en la mano. Era un gráfico de registro de ciertas mediciones que había tomado en el transcurso de la noche.

Rottam y los demás se congregaron en torno a los recién llegados. El profesor fijó la vista en Rottam y sonrió al mismo tiempo.

—Usted tenía razón —dijo—. Estas tierras se hallan sobre un enorme lago subterráneo, que debe tener unos cincuenta kilómetros de largo por seis o siete de ancho. En algunos puntos, la capa terrestre es delgadísima, poco menos que inexistente…, hablando de forma metafórica, claro.

Phu-Wi desenrolló la gráfica que había tomado mediante el sismógrafo móvil acoplado al remolque del automóvil.

—En el centro del sector elegido para el despliegue de las fuerzas hithorianas, el espesor de la corteza geológica es de menos de diez metros —anunció.

—Un terremoto podría hundir esa frágil corteza, ¿no es así, profesor? —apuntó Larriet.

—Sí, si Marte II fuese propenso a sacudidas sísmicas. En todo caso, ustedes no correrían grave peligro; el espesor del suelo, en esta granja, es de unos cien metros. Hay sitios en que la corteza terrestre es todavía más espesa, pero, en general, adelgaza, a manera de una bóveda o cúpula de gran radio. Debe de haber, también, enormes columnas naturales que sostienen en algunos puntos esa bóveda, aunque comprobar este extremo sería cosa de un trabajo mucho más serio y detenido.

—Nos basta con lo que ha averiguado, profesor —sonrió Rottam—. Ben, a ti te costaba mucho menos perforar un pozo que a mí. En mi granja tuve que ahondar hasta los cuatrocientos cincuenta metros de profundidad para encontrar agua.

—Bien, pero, a pesar de todo, no comprendo por qué Durdeen, a menos que quiera quedarse con una granja enormemente productiva, trata de echarme de aquí —dijo Larriet.

—Este es un asunto de alta política, del cual espera sacar una enorme tajada —dijo Rottam—. Hasta ahora, ese buitre ha vivido bien, mejor que los demás marcianosegundos, por supuesto; pero es un pobretón comparado con algunas de las grandes fortunas de la Tierra. Tu lago subterráneo y lo que espera conseguir de su ayuda al mariscal Ardteil le convertirán en un hombre infinitamente rico.

—Si nosotros le dejamos, por supuesto —añadió Rubí.

—Exactamente.

—Pero ¿cómo vas a impedirlo, Joe? —preguntó Larriet.

Rottam consultó su reloj universal.

—Según mis informes, la batalla empezará mañana, poco después de amanecer —dijo—. Pero antes de que salga el día, las tropas estarán situándose en las posiciones iniciales. Ese será el momento en que nosotros iniciaremos nuestra actuación, para evitar se realice la operación «Cáscara Frágil».

* * *

Era de noche todavía, cuando Rottam y Rubí, quien no quería dejar de tomar parte activa en las operaciones, partieron de la granja en el coche de Larriet, convenientemente transformado la víspera.

A bordo del vehículo iban las proclamas que había redactado el joven. Rottam había hecho también una copia del mapa de la región, en el cual había señalado los lugares que ocuparían los dos cuerpos de ejército mandados por Ardteil.

Media hora más tarde, Rottam detuvo el coche. Sacó un paquete de proclamas y extendió las hojas en el suelo. La hélice las dispersó inmediatamente…

Un poco más adelante, hizo lo mismo. Durante largo rato, hicieron revolotear las proclamas en un frente de varios kilómetros de anchura.

Luego hicieron lo mismo en el sector que suponían iban a ocupar las tropas fardilianas. Rottam dio por terminada la labor cuando ya se veía una delgada línea de luz en el horizonte.

—Nos situaremos en aquella duna —indicó con la mano.

Rubí asintió. Alcanzaron la duna y dejaron el coche al otro lado. Luego, con unos prismáticos, se situaron en la cresta de la eminencia.

Un minuto después apareció una compañía entera de soldados. Había varias hojas en el suelo y algunos de los soldados, curiosos, las recogieron.

Uno de ellos leyó:

¡GUERREROS DE HITHOR!

»¿Por qué luchar en una guerra de la que ningún beneficio podéis obtener? Gane el que gane, seguiréis siendo los mismos, con algunos marcos en el bolsillo, pero nada más. Mientras, otros nadarán en la abundancia a costa de vuestra sangre y vuestras vidas.

»Si los reyes de Hithor y de Fardil ambicionan un trono común, que peleen entre ellos solos; que luchen personalmente el uno contra el otro, que demuestren su valor, si tanto ambicionan convertirse en rey de otro mundo. ¡Exigid un duelo a muerte entre los dos reyes: aquel que gane, habrá conquistado los dos planetas!»

A través de los prismáticos, Rottam y Rubí examinaban interesadamente las reacciones de los soldados. Más fuerzas empezaron a llegar al campo de batalla y sus componentes recogieron también las proclamas esparcidas por todos los sitios.

—¡Mira! —exclamó Rubí, de pronto—. Los de Fardil ya han llegado. ¡Están leyendo tu proclama!

A unos dos kilómetros de distancia, miles de soldados de otro planeta leían los papeles dispersos por el suelo antes de su llegada. Rottam divisó numerosos corrillos de hombres, que se agolpaban en torno al que había tenido la suerte de apoderarse

de una de las proclamas.

Pasaron unos minutos. De pronto, uno de los soldados tiró su fusil.

En el campo fardiliano, otro soldado se quitó el equipo de combate.

—No sé quién ha escrito esto, pero, sea quien sea, tiene razón —exclamó—. Si quieren un trono, que se peleen ellos dos solos.

Los soldados abandonaban ahora las armas sin el menor rubor. Algunos, agitando los brazos, empezaron a correr hacia los que ya no consideraban como enemigos.

La mano de Rubí se crispó sobre el brazo de Rottam.

—¡Lo has conseguido, Joe! —exclamó.

Rottam sonrió satisfecho.

—Probablemente estaban ya más que hartos de guerrear —dijo—. Sólo hacía falta que alguien hiciera saltar la chispa.

—Y has sido tú.

—Bueno, se me ocurrió que podía dar resultado y… ¡Rubí, si no me engaño, en este momento, Ardteil, con su estado mayor, se dirige al encuentro de su rival!

La joven miró en la dirección indicada.

Un coche, en el que ondeaban dos banderas, una blanca y la otra negra, amarilla y azul, con cinco estrellas de nueve puntas en el ángulo superior izquierdo, avanzaba rápidamente por la llanura, al encuentro de otro vehículo similar.

—Las cinco estrellas de nueve puntas son la insignia de mariscal —explicó Rubí.

En el otro coche había una insignia similar, aunque la bandera era de color rojo, negro y azul. Rubí dijo:

—Si no me equivoco, ahí va el mariscal Wane-Ko.

—Pronto tendremos ocasión de saberlo —murmuró Rottam.

La confraternización entre los soldados de los dos ejércitos era absoluta. Algunos aviones volaron sobre el campo de batalla y descendieron casi a ras del suelo, para observar mejor la escena. Pronto se vio que los aviones enemigos se juntaban en el aire para hacer piruetas completamente inofensivas.

—Si hay un vencedor de esta batalla, eres tú, Joe —exclamó Rubí, inmensamente satisfecha.

—Aguarda, la guerra no ha terminado todavía —contestó él—. ¡Mira!

Los coches de los dos comandantes en jefe rodaban ahora velozmente en dirección a un punto muy cercano a la duna. Rottam adivinó sus propósitos.

—Van a quejarse a Durdeen... y me gustaría dejarles llegar hasta su casa, pero prefiero acabar aquí cuanto antes —dijo.

Y antes de que Rubí pudiera adivinar sus propósitos, echó a correr por la ladera abajo, hasta alcanzar un terreno más llano.

Justamente en aquel momento los coches rebasaban la duna. Rottam tomó puntería y deshinchó dos ruedas de sendos tiros.

Los automóviles colearon un poco, pero acabaron por detenerse. Una docena de hombres coléricos se apearon en el acto.

Ardteil vio a Rottam con la pistola en la mano y adivinó que era el autor de las perforaciones en los neumáticos.

—¡Deténganle! —gritó a sus ayudantes—. Ese traidor debe ser sometido a consejo de guerra y fusilado. Joe Rottam, hasta aquí ha llegado, ¿me entiende? —añadió, con un rugido de cólera.

—Mucho me conoce usted, mariscal —sonrió el joven—. ¡Quietos! —se dirigió a los ayudantes que avanzaban hacia él—. Mataré al primero que dé un paso.

Los oficiales se inmovilizaron en el acto. Todos ellos pudieron darse cuenta de que Rottam estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

—Mariscal, usted ha dicho antes que iba a someterme a consejo de guerra —continuó el terrestre, tras una ligera pausa—. Bien, aquí mismo, en presencia de estos caballeros, a muchos de los cuales supongo personas decentes, voy a iniciar mi defensa... ¡atacándole a usted, para acusarle, lo mismo que al mariscal Wane-Ko, de alta traición!

CAPÍTULO XI

Hubo sorpresa entre el grupo de ayudantes de estado mayor. Uno de ellos se adelantó hacia el terrestre.

—Supongo que podrá aportar pruebas de su acusación, señor —dijo. Rottam sonrió.

—En efecto —contestó—. La primera prueba es la elección del campo de batalla donde iban a desplegar las tropas hithorianas. Justo en el centro, la capa sólida tiene apenas un espesor de diez metros. Un bombardeo concentrado de artillería pesada sobre ese sector, previamente conocido por el mariscal Wane-Ko, provocaría el hundimiento del terreno y con él la sumersión de la mayoría del ejército de Hithor.

Rottam sacó un papel del interior de la blusa.

—Por si no me cree, aquí tiene un estudio geológico realizado anoche mismo por el profesor Phu-Wi, reputado geólogo de Hithor, quien ha empleado un sismógrafo móvil para conocer el espesor de la corteza sólida en estas regiones. Justo en el centro, donde debía estar el grueso de la fuerza del ejército hithoriano, ahí es donde debía concentrar sus fuegos la artillería de Fardil. ¿No hay entre ustedes algún oficial de estado mayor fardiliano capaz de corroborar esta afirmación?

—Es cierto —dijo uno de pronto, adelantándose de los demás—. Soy el general de brigada Mohr-U, comandante en jefe de la artillería fardiliana.

—Aquí tiene el estudio geológico de la zona —indicó Rottam—. Compare usted con sus planos y vea si miento.

A Mohr-U le bastó una rápida mirada para darse cuenta de la veracidad de los asertos del terrestre.

—Muy bien —dijo—, pero aunque sea así, a mi mariscal no se le puede acusar de traición. En la guerra es lícito conseguir los planes enemigos, cualquiera que sea el precio que haya de pagarse por ellos, si de este modo se logra la victoria. En todo caso, la traición es únicamente del mariscal Ardteil.

—Unos argumentos irreprochables, general -—contestó Rottam—. Sí, ustedes debían ganar la batalla y su jefe sabía cómo debía mover sus tropas, para tomar ventaja sobre las fuerzas hithorianas. Lo mejor que podría decirse del mariscal Wane-Ko es que tiene un magnífico servicio de espionaje.

—Así es —confirmó el aludido, hinchando el pecho orgullosamente—. Mis espías me trajeron...

—¿Para qué iba usted a Puerto Durdeen, mariscal?

Wane-Ko se quedó cortado. Rottam miró de reojo a Ardteil. La cara del hithoriano era una máscara de furia paroxísmica.

—¡Conteste, Wane-Ko! —exigió Rottam—. Si usted no se considera traidor, ¿por qué iba a Puerto Durdeen en compañía del hasta ahora su rival, mariscal Ardteil?

—El señor Rottam tiene razón —intervino el oficial que había hablado en primer lugar—. Todavía no sabemos por qué nos dirigimos allí, a un lugar en el que, evidentemente, no tenemos que hacer nada.

—¿No les dieron sus jefes alguna explicación sobre los motivos de ese viaje?

—No. Solamente mencionaron el hecho de que debíamos acompañarles, como una especie de escolta de honor.

—Honor para los traidores —rió el terrestre—. Seguramente iban a averiguar cómo y por quién habían sido lanzadas las proclamas que han puesto fin a la guerra, sin que se haya disparado un tiro. Pero, aun en el supuesto de que esta batalla se hubiese librado, Ardteil hubiera perdido, que era lo que se buscaba, y Wane-Ko habría ganado.

»Era la última batalla. Wane-Ko habría sido el vencedor, el hombre que había conseguido la victoria definitiva para su planeta. El rey Sikhar habría sido destronado y el rey Ashoos habría ocupado el trono de los dos planetas. Pero para un héroe victorioso como Wane-Ko no habría sido difícil un golpe de Estado, con lo que se habría proclamado rey sin la menor oposición. Naturalmente, Ardteil habría recibido su premio por ayudar al mariscal Wane-Ko a ceñir la corona biplanetaria. ¿Cuál hubiera sido ese premio, Ardteil? ¿Un hipermariscalato

quizá?

Mohr-U retrocedió un par de pasos en sentido lateral y miró alternativamente a los dos mariscales.

—Exigimos una explicación satisfactoria, caballeros —dijo.

—Así es —añadió otro oficial.

Wane-Ko estaba lívido.

—Yo... yo no tenía la intención de sublevarme...

—Expliquen por qué iban a Puerto Durdeen —insistió Rottam—. ¿Tal vez para contratar alguno de los asesinos del sedicente gobernador de este planeta?

Gruesas gotas de sudor resbalaban por las sienes de Wane-Ko. Rottam se encaró con Mohr-U.

—General, tengo entendido que el rey Ashoos carece de sucesión. Si hubiera muerto, después de proclamado rey de los dos planetas, ¿cree que hubiera habido alguna oposición al hecho de que Wane-Ko se autoproclamase rey? Naturalmente, después de ganada la guerra de un modo definitivo.

—No, todo habría resultado muy fácil —convino el interpelado.

—Durdeen no sólo proporciona tierras a los colonos terrestres, sino asesinos profesionales a quienes le pagan bien; por ejemplo, con una duplicadora, como había establecido el pacto con el mariscal Ardteil.

—¡Eso es falso! —aulló el mencionado—. ¡Yo nunca tuve intención...!

—Mariscal, escuché su conversación con Durdeen hace varias semanas. Durdeen le señaló el mejor sitio para perder la batalla. Usted, a cambio, le prometió una duplicadora. Repito que lo escuché, escondido en una grieta de la barrancada donde tuvo la entrevista, en la cual le acompañaba otro traidor, el coronel Jilkhar, quien hizo perder deliberadamente la penúltima batalla a su comandante, la general Horthus. Y tengo fotografías que lo prueban y...

Ardteil pareció enloquecer de furia. Intentó sacar su pistola, pero había olvidado que Rottam tenía la suya en la mano.

La descarga de láser carbonizó el corazón de Ardteil. Mohr-U se acercó a Wane-Ko y le arrancó de las hombreras las insignias de su grado.

—No podemos ejecutar a un mariscal —dijo.

Acto seguido retrocedió dos pasos. Apuntó al pecho de Wane-Ko y disparó.

Luego se volvió hacia Rottam.

—Gracias por habernos abierto los ojos, terrestre —dijo—. Regresamos a Fardil. Ya no habrá más guerras.

—Pero siguen los dos aspirantes al trono común.

Una expresión maliciosa apareció en el rostro de Mohr-U.

—De este conflicto tienen tanto ellos la culpa como muchos de los cortesanos que les rodean —dijo—. Bien, puesto que los dos ambicionan un trono común, tendrán que disputárselo. Señor Rottam…

Mohr-U se llevó la mano derecha al casco. Los otros oficiales saludaron también.

Instantes después, dos coches se perdían a lo lejos, dejando tras sí un enorme rastro de polvo. Rubí se acercó al joven y contempló durante unos instantes los retorcidos cuerpos de los dos traidores.

—Has estado magnífico —dijo, con los ojos brillantes.

Rottam le pasó un brazo por los hombros.

—La guerra no ha terminado, por más que te lo parezca —contestó.

Rubí le miró sorprendida.

—No entiendo —exclamó.

—Me refería a nuestra guerra particular. Tú eres una fugitiva de la justicia hithoriana, aunque, estando en Marte II, no corres ningún peligro. Pero yo tenía unas tierras, estaba ya a punto de independizarme… y lo he perdido todo.

—¿No hay posibilidades de que lo recobres?

—Sólo puedo conseguirlo de una manera…, la única, precisamente, que no deseo emplear, porque, si lo hiciera, me pondría a su mismo nivel. Me refiero a asesinar a Durdeen, cuya muerte, a decir verdad, solucionaría todos los problemas.

Rubí calló unos momentos.

—Quizá yo pueda solucionarlo —dijo al cabo.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Ya lo verás —respondió la joven, sin querer entrar en más explicaciones.

* * *

El profesor Phu-Wi y su ayudante Shyffia volvieron después de un largo viaje de exploración geológica. Rottam había estado durmiendo largas horas y se despertó justo cuando volvía la pareja.

—Creo que tengo buenas noticias —dijo Phu-Wi.

—Eso es interesante, profesor —sonrió Mary Larriet—. Pero, primero, siéntense a la mesa. Deben estar hambrientos.

—Yo voy a bañarme antes —manifestó Shyffia—. Estoy hecha una calamidad.

—A mí me gustas así —dijo el geólogo.

Rottam y Mary cambiaron una mirada. Phu-Wi era un hombre de unos cuarenta y cinco años, todavía bastante atractivo. Y no se podía decir que Shyffia fuese una mujer fea.

Phu-Wi se sentó a la mesa.

—Creo que he encontrado el origen del lago subterráneo —manifestó—. Tengo que comprobarlo con una exploración a fondo, pero estoy seguro de que se alimenta de las aguas que proceden de la cordillera de la Gran Barrera, situada a doscientos veinte kilómetros al norte.

—Un río subterráneo —adivinó Rottam.

—Sí, y con un caudal enorme, prácticamente incalculable. Si encontrase el lugar exacto de su nacimiento, podría hacerlo aflorar a la superficie y…

Larriet entró en aquel momento;

—Hola —saludó—. Joe, Rubí se ha marchado —anunció.

Rottam se puso serio.

—¿Qué dices, Ben? —exclamó.

—Me ha encargado que te despida de ella. Llamó por radio a no sé quién y, a los pocos momentos, se fue en una espaciotransportadora.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Mary, que tenía la mirada fija en una de las ventanas, lanzó una exclamación:

—¡Viene alguien!

Rottam se puso en pie de un salto. Corrió hacia la ventana y, después de unos segundos, dijo:

—Voy a buscar la pistola láser a mi cuarto. Ben, no te alarmes demasiado si te digo que esos que vienen son Durdeen y sus esbirros.

Mary se puso pálida.

—¿Es que no vamos a poder vivir jamás tranquilos en estos lugares? —se lamentó, llena de aflicción.

El coche de Durdeen se detuvo a los pocos momentos delante de la casa. El pelirrojo saltó al suelo, seguido de cuatro de sus esbirros.

—¡Larriet! —gritó—. Salga inmediatamente.

El granjero apareció en la puerta.

—¿Qué es lo que quiere, Durdeen? —preguntó.

—Le voy a dar una hora de tiempo. Me quedaré aquí con mis hombres. Pasado ese tiempo, si no se ha ido voluntariamente con su familia, los echaré por la fuerza.

Hubo una pausa de silencio. Larriet se dio cuenta de que no podía oponer la menor resistencia a aquellos cinco hombres, todos ellos armados con sendas pistolas láser.

De pronto se oyó una voz en la esquina del edificio:

—Durdeen, le estoy apuntando con un arma. Si usted o uno de sus esbirros hacen un solo movimiento sospechoso, le quemaré la yugular con un disparo de láser.

CAPÍTULO XII

El gigante pelirrojo se inmovilizó en el acto. Pero su rostro adquirió una expresión de furia indescriptible.

—Otra vez usted, Rottam —dijo.

—Sí —confirmó el aludido—. Voy a decirle una cosa: ahora mismo va a firmar un documento por el que reconoce que Ben Larriet no le debe absolutamente nada. Por tanto, es el legítimo dueño de sus tierras. ¿Está claro?

—Soy el dueño de Marte II. Jamás reconoceré un documento semejante, ni aunque lo firme delante de testigos —gritó Durdeen.

—Entonces, le mataré.

Las manos del gigante se crisparon, abriéndose y cerrándose varias veces.

—Escuchen, podemos arreglarnos...

—No —cortó Rottam firmemente—. No hay arreglos con un tipo de su calaña. ¿Cree que no sabemos los motivos por los cuales quiere expulsar a los Larriet de sus terrenos? Esperaba que se hubiese librado la batalla a doce kilómetros al este... Los bombardeos artilleros hubieran hundido el terreno... Se hubiera formado un gran lago natural, cuyas orillas habría podido vender usted a precios exorbitantes... Marte II no tiene muchos inmigrantes debido a su aridez; usted, con las pruebas de la existencia de un lago de muchos kilómetros de contorno, habría podido atraer a más gente..., para expoliarlos y sacarles hasta la última gota de sangre... ¿No es cierto que ésas eran sus intenciones?

El pecho de Durdeen se hinchó poderosamente.

—Soy el dueño de Marte II y su gobernador general —exclamó—. Por tanto, les ordeno que' se vayan todos de aquí inmediatamente.

—Durdeen, ¿qué me dice de Ernie Katzer, el verdadero descubridor de Marte II?

El pelirrojo calló un instante, Sorprendido por la pregunta.

Rottam se echó a reír.

—Es una lástima que no se le pueda probar el asesinato de Katzer —dijo—. De lo contrario, ni aun titulándose gobernador de Marte II se libraría de un juicio por asesinato.

—Katzer no…

—¡Levanten las manos! —ordenó Rottam bruscamente.

Cinco pares de brazos se alzaron en el acto.

—Ben, desármalos —dijo el joven.

Larriet pasó por detrás de los cinco hombres y les quitó las pistolas. Acto seguido, Rottam deshinchó a tiros las ruedas del vehículo.

—Durdeen, ahora va a saber qué es caminar a pie durante unos cuantos kilómetros —dijo—. Vamos, empiecen a andar.

Había un brillo homicida en los ojos del gigante.

—Rottam, usted fue el que cambió la duna de sitio —dijo.

—Sí. Me divertí mucho, créame.

—Yo también me divertiré cuando pueda echarle el guante. Y eso sucederá tarde o temprano.

Durdeen ya no dijo más. Giró sobre sus talones y echó a andar, seguido de sus esbirros.

Cuando los cinco hombres hubieron desaparecido de la vista, Rottam se frotó la mandíbula y murmuró:

—Me pregunto por qué tiene Durdeen tanta insistencia en estas tierras, ahora que no hay una guerra que pueda provocar el hundimiento de la corteza terrestre.

—Muchacho, ¿es que no has oído hablar de explosivos? —preguntó el geólogo.

Rottam se volvió sorprendido hacia Phu-Wi.

—¿Cómo? ¿Sospecha usted que…?

Phu-Wi movió la cabeza varias veces.

—No me extrañaría en absoluto que, fracasado en sus propósitos, tratase de conseguirlos por otro método, no menos eficaz, por supuesto —contestó.

—Tendremos que vigilar continuamente, Ben.

Larriet asintió:

—Sí, pero ¿hasta cuándo va a durar la incertidumbre?

Rottam calló. Su amigo le había hecho una pregunta a la cual no podía contestar.

Y él también tenía una pregunta que formular, e igualmente sin respuesta: «¿Por qué se había marchado Rubí?»

* * *

El trueno se oyó bien pasada la medianoche. Fue una detonación de incalculable volumen sonoro y que despertó a todos cuantos estaban en la granja.

La tierra retembló. Rottam saltó de la cama en el acto.

A lo lejos se oían unos grandes crujidos. El suelo se movía como si fuese la superficie del mar embravecido en una tormenta.

—¡Hay que salir de aquí cuanto antes! —gritaba Larriet en el piso superior.

A medio vestir, llenos de pánico, abandonaron la casa. Los niños lloraban asustados. Shyffia ayudó a Mary a sacarlos al exterior.

Larriet abrió los corrales. Sus ocupantes escaparon, asustados por el fragor que se escuchaba continuamente.

La casa se inclinó a un lado y acabó por hundirse con gran estrépito. El suelo se desniveló de repente. Una grieta se abrió de súbito. Phu-Wi hubiera caído en ella, de no haber sido por las fuertes manos de Rottam.

Las dos lunas de Marte II alumbraban la espesa nube de polvo que subía lentamente a lo alto. Los ruidos de hundimiento del suelo se escuchaban sin cesar.

Rottam adivinó lo sucedido, cuando estuvieron en lugar seguro y el suelo hubo dejado de moverse.

—Al fin, Durdeen se ha salido con la suya —dijo, sombríamente. /

La luz del día les trajo una visión completamente distinta del paisaje que habían conocido hasta entonces.

La llanura se había transformado. En el lugar donde hasta entonces sólo se veían piedras y arena, más allá de los límites de la granja, se divisaba un hoyo de enormes dimensiones, del

que, de cuando en cuando, salían aún nubes de polvo.

Rottam y Phu-Wi, movidos por su interés profesional, caminaron unos cientos de metros hasta llegar a los bordes de la hondonada.

Ahora se veía el agua, todavía muy sucia y llena de detritus. El lago recién formado tenía cinco o seis kilómetros de ancho por casi veinte de largo.

—Pero ¿cómo ha podido conseguirlo? —exclamó Rottam, desconcertado.

—Explosivos no le faltaban —apuntó Phu-Wi—. Seguramente, colocó una serie de potentes cargas, tal vez de varias docenas de toneladas, en los puntos más débiles de la corteza. La explosión primero y luego la sacudida sísmica provocaron el hundimiento de la bóveda situada sobre el lago subterráneo. Las aguas se calmarán y la tierra y el polvo irán posándose en el fondo, hasta que recobren su primitiva transparencia.

—Y mi amigo está arruinado —dijo Rottam sombríamente.

Dentro de unos años, pensó, las riberas del lago serían un paisaje maravilloso. El suelo terminaría por asentarse y la tierra descendería en suave pendiente hasta el agua. Era preciso reconocer que Durdeen no carecía de ingenio.

—Volvamos —dijo.

Regresaron a la granja. Larriet, sentado en un cajón vacío, tenía !a mirada perdida en el infinito. Rottam adivinó que su amigo se sentía completamente desmoralizado, abatido por la ruina que se le había venido encima.

Mary y Shyffia atendían a los niños.

—Tendremos que volvernos a la Tierra —dijo la primera, con los ojos llenos de lágrimas.

—No se ha perdido nada todavía —exclamó Rottam—. Vuestras tierras están intactas, puede decirse. Levantaréis la casa de nuevo...

—Durdeen nos negará comida y suministros —se lamentó Mary.

—Puede haber un medio para arruinar a ese bribón —dijo

Phu-Wi, de pronto—. Quiero decir, combatirle con sus mismas armas. Pero antes de dar un solo paso tendría que estudiar a fondo el mapa de superficie de este sector de Marte II.

—En la casa..., bueno, entre las ruinas, debe de haber uno —indicó Larriet.

Rottam y el geólogo se dedicaron a buscar el mapa, que apareció minutos más tarde. De pronto, cuando más enfrascados estaban en la tarea, vieron venir a lo lejos a un hombre.

Era un sujeto de abundante barba gris, alto y de cierta prestancia física todavía. Vestía unas ropas muy usadas y llevaba una mochila a la espalda.

Usaba un bastón para ayudarse a caminar. Era evidente que venía de muy lejos, a juzgar por el polvo que cubría sus ropas.

La granja de Larriet estaba situada en un terreno ligeramente alto, de modo que desde allí se podía divisar sin dificultad la superficie del lago. El recién llegado se detuvo, contempló unos instantes el paisaje y luego se volvió sonriendo hacia los presentes.

—¡Caramba, sí que ha cambiado esto! —exclamó.

—¿Quién es usted? —preguntó Rottam, que no se fiaba, lógicamente, de alguien que le resultaba desconocido.

—Ernie Katzer.

* * *

—Durdeen quería asesinarme. Era mi empleado y me traicionó —explicó Katzer, minutos después de haber comido un bocadillo que le preparó Mary—. Llegamos aquí los tres, quiero decir, Wolf, mi esposa y yo. La astronave era mía y yo fui quien descubrió este planeta y le dio el nombre que ahora tiene. Lo que yo no sabía era la clase de hombre que /es Durdeen. Mi mujer y yo le creímos honrado y decente, pero nos llevamos un terrible desengaño.

»Durdeen hizo venir a una serie de individuos que obedecían sus órdenes incondicionalmente. Los planes de Durdeen no me agradaban, pero aquellos sujetos sólo le

obedecían a él. Una noche, Adela, mi esposa, oyó una conversación que Durdeen sostenía con Millis y Mac Kild. Habían decidido asesinarnos antes de que llegase el amanecer. Entonces, recogimos lo más indispensable y pusimos tierra de por medio.

»Nunca pudieron encontrarnos. Adela y yo nos refugiamos en la cordillera de la Gran Barrera. Hay caza en abundancia y terrenos muy fértiles en los valles altos. Allí construimos nuestra casa y vivimos felices durante casi ocho años. Hace uno, murió mi esposa.

La voz de Katzer se tornó de repente melancólica.

—La soledad me abrumaba —añadió—. Por eso decidí venir en busca de la gente, aun corriendo el riesgo de morir a manos de Durdeen.

Era una explicación completamente plausible. Pero Katzer, pensó Rottam, seguía corriendo bastantes riesgos.

—Perdón —dijo—. ¿Hay agua en la Gran Barrera?

—Donde nosotros nos instalamos nacía una fuente de caudal muy pequeño; apenas si daba medio litro por segundo. Pero era suficiente para nuestras necesidades. Construí un depósito: el sobrante iba a perderse de nuevo en la tierra, por una grieta cercana.

—¿A qué altitud está esa fuente, señor Katzer? —preguntó Phu-Wi.

—Bueno, yo diría que a unos ochocientos metros.

Katzer se interrumpió de pronto. A doscientos metros de distancia estalló súbitamente un enorme griterío.

Todos los presentes se volvieron en el acto hacia el punto donde sonaban las voces. Enormemente asombrados, vieron un gran grupo de gente, que había aparecido de manera totalmente inesperada.

Más y más gente seguía llegando, viajeros todos en las transportadoras espaciales. También llegaron individuos provistos de cámaras de televisión.

Otros traían una especie de maderos, con los que formaron un círculo de unos veinte metros de diámetro. A cada instante aparecían más hombres y mujeres, ávidos de presenciar

el espectáculo que se iba a desarrollar en el interior del vallado circular.

—Pero ¿qué diablos pasa ahí? —exclamó Katzer.

Rottam adivinó lo que iba a suceder.

CAPÍTULO XIII

Sucesivamente, con un intervalo de pocos minutos, aparecieron dos hombres, ambos de mediana edad, gordos, fofos, vestidos someramente con unos pantalones cortos y unas blusas sin mangas. En las manos llevaban sendas espadas, de hoja larga y afilada.

—Vaya —respingó Rottam—, por fin va a tener lugar el duelo.

—Sí —confirmó Rubí.

El joven dio un salto. Rubí había aparecido apenas a un metro de distancia.

—Muchacha —gritó Rottam, precipitándose hacia ella—. Pero ¿dónde diablos te has metido?

Rubí levantó una mano, a fin de evitar el impetuoso abrazo del terrestre.

—Dije que te ayudaría y aquí estoy —manifestó—. Pero, primero, vamos a ver en qué para este duelo.

Rottam observó que Rubí era portadora de una gran bolsa con asas. Ahora ella, en lugar del impersonal mono que solía llevar, vestía una especie de túnica de manga corta y falda muy breve, sujeta al talle por un cinturón muy ancho, de tejidos de hilo de oro.

—Estás preciosa —dijo, contemplándola embobado.

De pronto, se oyeron gritos de burla.

—¡Vamos, cobardes!

—¡Es vuestro trono! ¡Pelead por él!

Rottam y Rubí volvieron los ojos hacia el terreno donde se iba a celebrar el duelo. Los contendientes estaban terriblemente pálidos; era evidente que sentían un miedo espantoso.

—Uno de ellos es tu primo, Rubí —dijo Rottam.

—Cuando supo que me habían condenado, no alzó un solo dedo para saber si era inocente o culpable —contestó ella.

De pronto, Sikhar y Ashoos tiraron las espadas al suelo y

levantaron los brazos, pidiendo clemencia a los espectadores. El griterío de protesta resultó ensordecedor.

—¡Fuera, fuera!

—¡No se merecen ser reyes!

—Millares de hombres murieron por vuestra causa. Ahora os toca a vosotros pelear...

Una piedra voló por los aires y cayó en la espalda de Sikhar, haciéndole caer de rodillas. Ashoos se arrodilló por sí solo, pidiendo clemencia a grandes voces.

Las piedras volaban de todas partes. Rottam empezó a temer la muerte por lapidación.

De repente, obedeciendo a un impulso incontenible, echó a correr, salvó de un salto la valla y se situó en el centro del círculo. Tendidos en el suelo, sangrando por muchos sitios, Ashoos y Sikhar gemían sordamente.

La multitud dejó de tirar piedras, sorprendida por la inesperada presencia de un personaje con el cual no habían contado.

—¡Basta! —exclamó Rottam, seguro de ser visto y oído, no sólo por los cientos de espectadores presentes, sino por los millones que contemplaban la escena en sus televisores, en los dos planetas—. El resultado del duelo está claro: ninguno de los dos merece ser rey. La vergüenza ha caído sobre ellos; es el mayor castigo que pueden recibir, aparte de ser depuestos de sus rangos y prerrogativas. Dejadlos que vivan; mientras respiren, recordarán su cobardía. No hay castigo peor, creedme. Y ahora, si de veras deseáis la unión de vuestros planetas, elegid libremente a vuestros gobernantes y no permitáis jamás el despotismo y la tiranía. De vosotros depende.

Fue un parlamento breve, pero contundente, que impresionó a la multitud. Todavía sonaron algunos gritos de reproche, pero no hubo más agresiones físicas.

Las espaciotransportadoras empezaron a actuar. Rottam regresó junto a Rubí.

—Has estado magnífico —elogió ella.

—Sólo necesité que pensaran un poco por sí mismos —contestó Rottam, sonriendo—. Y ¿por qué no pensamos ahora

en nosotros dos?

Rubí levantó la bolsa.

—A eso he venido —contestó—. Probé las naranjas de Mary y me gustaron muchísimo. Quiero comer un día las que nacerán en nuestro huerto.

—Parece que al fin te has decidido, ¿eh?

—Tú me abriste los ojos el día en que me hiciste prisionera. Pero no perdamos más tiempo. Tenemos que hablar con Durdeen, Joe.

—¡Durdeen! —respingó Rottam—. Precisamente…

—Precisamente con ese hombre —decretó Rubí, tajante.

Larriet les dejó su coche, cuando conocieron las intenciones de la pareja, de viajar hasta Puerto Durdeen.

—Pero llévate armas —aconsejó.

—Descuida —contestó Rottam.

—Por cierto, ¿qué le vas a decir a ese buitre, Joe?

—No lo sé, Ben. Rubí es quien tiene la palabra y no quiere decirme nada hasta que estemos delante de Durdeen.

—Espero convencerle —dijo Rubí, con sencillez.

* * *

Millis y Mac Kild contemplaron con ojos recelosos a la pareja.

—He recorrido dos veces a pie el trayecto de las granjas a Puerto Durdeen —dijo el primero con acento rencoroso—. No lo olvidaré, Rottam, créame.

—Le creo, le creo —contestó el joven con sorna—. Pero ahora avise a ese buitre que se llama Durdeen de nuestra presencia.

—Quiero hablar con él —exigió Rubí.

Mac Kild la contempló críticamente de pies a cabeza.

—Una guapa mujer —calificó—. Daría algo bueno por…

La bolsa que Rubí tenía en la mano se elevó bruscamente y golpeó el rostro del sujeto, derribándolo con los pies por alto. Mac Kild lanzó un aullido de cólera.

—No me gusta que me digan groserías —exclamó Rubí,

con el pecho palpitante por la indignación.

Mac Kild puso la mano en la culata de su pistola, pero contuvo el gesto al ver que Rottam tenía ya la suya en la mano.

La puerta del despacho de Durdeen se abrió de pronto.

—¿Qué pasa aquí? —vociferó el pelirrojo, atraído por las voces que habían sonado en el vestíbulo.

—Nada —sonrió Rubí—. Solamente que uno de sus esbirros quiso propasarse conmigo y le he dado su merecido.

Durdeen contempló un instante la tumefacta nariz de Mac Kild y luego se volvió hacia los visitantes.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó desabridamente.

Rottam movió la mano en dirección a Rubí.

—Ella se !o dirá —contestó sonriendo.

—A solas —puntualizó ella—. Es decir, los tres en su despacho.

—Está bien. Entren —gruñó el pelirrojo.

Durdeen cerró después de que Rottam y la joven hubieron cruzado el umbral de la puerta. Luego fue a situarse detrás de su mesa.

—Sean breves —indicó hoscamente.

—Muy bien. —Rubí colocó la bolsa sobre la mesa—. Ahí tiene cinco millones de marcos segundomarcianos. Ahora entréguele a Joe los títulos de propiedad de su granja y de la de Larriet.

Hubo un momento de silencio. Durdeen no estaba menos asombrado que el joven.

De súbito, Durdeen lanzó una estridente carcajada.

—¡Cinco millones de marcos! —repitió con acento burlón —. Pero ¿qué miseria es ésa?

Rubí se indignó.

—Le ofrezco más del doble de lo que valen...

—Una miseria, comparado con lo que puedo obtener —atajó el pelirrojo secamente—. Ahora que hay agua en aquella zona voy a vender los terrenos a un precio cien veces superior al que tenían hasta ahora. ¿Es que no lo comprenden?

—Temo que está haciendo planes para un futuro no tan rosado como supone —dijo Rottam—. Ahora, los habitantes de

Marte II son muy pocos, apenas si llegan a los cincuenta mil, y, salvo los concentrados en el área de Puerto Durdeen, los demás viven muy dispersos en la superficie del planeta. Usted puede anunciar que vende terrenos con agua y la gente vendrá a establecerse aquí, pero entonces harán la distinción entre el vendedor de terrenos y el gobernador del planeta. Y se convocarán elecciones y usted resultará elegido gobernador… o no; y en este último caso, tendrá que acatar las leyes, no sólo terrestres, sino las de la confederación de planetas de este sector galáctico, y no imponer las suyas propias, como sucede ahora.

Durdeen sonrió burlonamente.

—Si soy rico, ¿qué me importarán las leyes? Además, con dinero…

—Sí, podrá comprar conciencias, pero para que eso suceda tiene que conseguir primero esa fortuna, lo que significa que antes ha de poder vender las tierras que alega.

—¡Son mías! —gritó Durdeen.

—Por el momento y usted lo sabe muy bien, Marte II está, en lo referente a asuntos legales, bajo la protección de la Tierra. El día en que su población rebase los cien mil habitantes, podrá independizarse y establecer sus propias leyes. Por tanto, y en ciertos aspectos, usted tiene que sujetarse a las de la Tierra.

—Bueno, ¿y qué? Las tierras son mías…

—Voy a pleitear por nulidad en el contrato de venta de mis terrenos ya que usted no pudo hacerlo, por no ser dueño legal de este planeta.

—¡Katzer murió! ¡Según la ley, me corresponde a mí…!

—Katzer está vivo. Usted sabe muy bien que huyó, para no ser asesinado, con su esposa. Pero en estos nueve años no ha dado señales de vida, por lo que usted había llegado a creer que estaba muerto. Y no es así, Wolf.

Rottam agarró a la joven por un brazo.

—Vámonos, Rubí —dijo.

Ella recobró el maletín.

—Voy a disfrutar mucho cuando sepa que le expulsan ignominiosamente de un planeta cuya atmósfera infecta usted

con su sola presencia —dijo.

La cara de Durdeen se puso tan roja como su barba. Rottam y la joven sin añadir una sola palabra, salieron del despacho.

Durdeen permaneció solo unos momentos. Luego, de repente, tocó un timbre.

Millis entró a los pocos segundos.

—Excelencia —di i o untuosamente.

—Déjate de tonterías —rezongó Durdeen—. Prepara todo; nos vamos inmediatamente.

—¿Malas noticias, jefe?

—¿Malas? —Durdeen rió agriamente—. ¡Katzer está vivo! ¡Tenemos que hacerle desaparecer sea como sea!

CAPÍTULO XIV

El coche regresaba a marcha moderada a la granja de Larriet.

—¿Qué haremos ahora, Joe? —preguntó Rubí.

—No lo sé. Me siento un poco desesperado. A veces me dan ganas de recurrir al asesinato…, pero yo no soy de esa clase de hombres.

Ella le oprimió suavemente un brazo.

—No, tú eres muy distinto de Durdeen. Por fortuna para mí —sonrió.

Rottam se volvió hacia ella.

—Nunca podré agradecerte bastante… De modo que, volviste a Hithor a buscar dinero.

Rubí hizo un leve gesto de asentimiento.

—Lo creí mi deber —contestó—. Tú me salvaste de la rueda…

—Te había hecho mi prisionera. No podía consentir que otros se aprovechasen de lo que yo había ganado limpiamente… Bueno, esto es un decir, como puedes comprender. Por cierto, todavía llevas el collar de «Cut».

Rubí volvió a sonreír, mientras se acariciaba el collar con una mano.

—Soy tu esclava —dijo.

—Oh, no, eso no… En aquellos momentos sólo quería darte una lección…

—Y yo la aprendí, querido. Me di cuenta de que todo lo que hacíamos era fútil, absurdo, aparte sus resultados sangrientos… Tú solo, en la granja, habías conseguido infinitamente más que todos nosotros, con nuestros inventos fantásticos, como la duplicadora y la transportadora espacial… Y entonces me alegré de ser tu prisionera.

—Al principio no lo demostrabas.

—Bueno, tuve toda una noche para reflexionar; la primera

que pasé en tu casa y… Eh, ¿adónde va ese coche tan rápido? —exclamó Rubí de repente.

Un automóvil, lleno de gente, pasó saltando y rebotando a corta distancia del que ocupaba la pareja. Mac Kild se volvió una vez y los miró malignamente.

Millis conducía. En el asiento posterior, Durdeen aparecía torvo, con las facciones contraídas.

—Esto no me gusta nada —dijo Rottam.

—Diría que se dirigen a la granja de tu amigo Ben.

—Es muy probable, pero… Rubí, temo haber cometido una imprudencia al mencionar la existencia de Katzer.

Ella se puso pálida.

—¿Quieres decir que esos tipos van a asesinarle? —exclamó.

—Durdeen es capaz de todo —contestó Rottam—. Si encuentra a Katzer en la granja, lo matará. Pero habrá testigos y los matará también: Phu-Wi, Shyffia, Ben, su mujer, los niños…

—Oh, no, no puede ser… Joe, tenemos que impedirlo —exclamó la joven estremecida de horror.

—Y no tenemos radio para avisarles…

—¡Espera, yo tengo la mía! Phu-Wi debe tener una igual; en Hithor todos tenemos transmisores espaciales.

Rubí hurgó en su bolsa y sacó el transmisor. Dio el contacto y llamó:

—¡Profesor! Profesor!

Una voz masculina respondió a los pocos momentos:

—¿Rubí? Soy Ben. El profesor y Shyffia se han ido a la cordillera de la Gran Barrera. Katzer va con ellos… Por cierto, les he visto cargar no sé qué material de guerra…

—Ben —intervino Rottam—. Coge a la mujer y a los niños y escóndete inmediatamente. Durdeen y los suyos van en esa dirección y me temo que no para echaros sus bendiciones. No pierdas tiempo, te lo ruego.

—Está bien, ahora mismo nos largamos de aquí. Gracias a los dos

Rubí guardó el transmisor.

—¿Y ahora, Joe?

—Vamos a la Gran Barrera. Durdeen se enterará de que Katzer está allí y tratará de buscarlo a cualquier precio.

—Sí, es lo más probable —convino la muchacha.

Rottam pisó el acelerador con más fuerza. El coche aumentó su velocidad.

Una hora después pasaban por la granja de Larriet. Ben surgió de repente de detrás de unos arbustos agitando los brazos.

Rottam paró el vehículo. Ben corrió hacia ellos.

—Durdeen y su pandilla han pasado por aquí hace un cuarto de hora —declaró—. Nosotros estábamos escondidos, pero yo pude verles estudiar los alrededores de la granja. Al fin encontraron las huellas del coche de Phu-Wi...

—Gracias, Ben. No os mováis de aquí; volveremos lo antes posible —contestó Rottam.

El automóvil arrancó de nuevo. A los pocos momentos divisaron en la arena las rodadas de dos vehículos.

Las huellas de los neumáticos se perdían en el horizonte, allí donde se divisaba la línea irregular de la cordillera, con sus cumbres que llegaban en ocasiones a los diez mil metros de altura. Rottam aceleró todo lo que pudo, hasta que, media hora más tarde, a unos cinco kilómetros de las montañas, divisó en lontananza una nube de polvo.

El coche de Durdeen se desvió de pronto hacia la izquierda, casi en ángulo recto.

—¿Adónde van? —exclamó Rubí.

Rottam frunció el ceño. De pronto vio una loma a su derecha y encaminó el automóvil hacia la cumbre. Al llegar arriba, saltó al suelo y enfocó los prismáticos hacia el coche de Durdeen.

El vehículo desapareció de pronto, aparentemente al entrar en una hondonada. Pero Rottam seguía viendo la nube de polvo, que ahora marcaba de nuevo el rumbo del vehículo hacia la cordillera.

Luego vio otras huellas, que le indicaron habían sido seguidas puntualmente por Durdeen. Al cabo de unos

momentos llegó a una decisión.

—Nosotros atajaremos oblicuando —dijo.

Rubí asintió. Rottam volvió al automóvil y tomó los mandos.

Un cuarto de hora más tarde alcanzaron los primeros contrafuertes de la cordillera. El coche de Durdeen, merced a aquella maniobra, se había quedado muy rezagado.

Rottam se detuvo unos instantes, indeciso, sin saber qué hacer. De repente, recordó que el otro coche de Larriet llevaba un transmisor de radio como el que ellos ocupaban.

Dio el contacto, esperando que alguien viera la señal de llamada. De pronto sonó una voz a través del altoparlante:

—¿Ben?

—No, soy Rottam —contestó el joven—. ¿Es usted Katzer?

—El mismo. ¿Dónde se encuentra en estos momentos?

—Al pie de la cordillera, en línea recta con la granja de Ben. Ustedes se desviaron hacia el Oeste...

—Siga recto por el paso que verá a quinientos metros. Mil metros más adelante verá una señal: tres piedras en línea. Entonces vire hacia el Oeste de nuevo y siga ascendiendo.

—Katzer, ¿sabe que Durdeen y su pandilla les están siguiendo? —exclamó Rottam.

—Sí, estamos enterados de ello. Por eso trazamos un falso camino en la arena.

—Pero encontrarán las huellas de su coche...

—Y también unas cuantas piedras de filo muy agudo que les reventarán los neumáticos. ¿Por qué cree que le indico a usted el camino?

—Sí, entiendo. Gracias, Katzer.

—No pierdan el tiempo. Vengan pronto.

—De acuerdo.

Rottam pisó el acelerador nuevamente. A tres kilómetros a la izquierda sonaron de pronto varias detonaciones, pero ellos no las oyeron.

Millis frenó. Una espantosa maldición brotó de sus labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Durdeen.

—Se han reventado dos neumáticos —contestó Millis.

—En la caja de repuestos hay más. Colócalos, pronto. Los demás, que te ayuden.

Millis y los otros esbirros saltaron al suelo. Delante de ellos se extendía una enorme cordillera, de una belleza y grandiosidad inigualables, pero eran unos sujetos a los que las maravillas de la naturaleza dejaban indiferentes.

En pocos minutos pusieron los neumáticos nuevos. El coche rodó nuevamente.

Cien metros más adelante estallaron otras dos ruedas.

—Ya no tenemos más repuestos —informó Millis, desalentado.

Durdeen saltó al suelo.

—Seguiremos a pie —decretó—. No se olviden de las armas.

Mac Kild llevaba un fusil de largo alcance, hallado en el campo de batalla, donde los contendientes habían abandonado todas sus armas. El arma disparaba proyectiles de gran potencia deflagradora.

Delante de ellos, a unos mil metros, se extendía un colosal farallón, una especie de muro casi vertical de varios kilómetros de longitud por casi cuatrocientos metros de altura. Durdeen sacó sus prismáticos y empezó a explorar el acantilado, con la esperanza de hallar a los perseguidos.

De pronto vio un automóvil en lo alto del farallón. Otro llegaba en aquellos momentos, y sus dos ocupantes se apearon en el acto.

—Allí están —exclamó—. Vamos, a por ellos.

Mac Kild cargó su rifle.

—Dispararé cuando estemos a trescientos metros —dijo—. De este modo no desperdiciaré ni una sola bala.

* * *

Rottam detuvo el coche y saltó al suelo, seguido de Rubí. Phu-Wi, ayudado por Kutzer, estaba realizando una labor, cuyo objetivo no comprendió en el primer instante.

—Hola —saludó.

Shyffia agitó una mano.

—Vamos a cambiar la faz de Marte II —dijo.

Rottam se acercó al geólogo.

—¿Qué está haciendo, profesor? —inquirió.

—Una prueba…, y si me resulta bien, como espero, Marte II se convertirá muy pronto en una especie de paraíso. —Phu-Wi levantó la cabeza un instante y sonrió—. Mire hacia la llanura, colega; usted, que es geólogo, podrá comprender quizá mis intenciones. Aunque éste es un asunto más bien de un geógrafo, pero…

Rottam volvió la cabeza. Al pie del farallón, justo bajo el lugar en que se encontraban, había una depresión del terreno de forma longitudinal, de unos doscientos metros de anchura por cuarenta o cincuenta de profundidad, con las pendientes muy suaves. Mil metros más allá se divisaba un automóvil parado en el suelo. Un poco más cerca, cuatro o cinco hombres caminaban a pie hacia el acantilado.

—No acabo de comprender, profesor —dijo Rottam.

—¡Vamos, ya está! —gritó Phu-Wi de pronto.

Subieron a los coches y se retiraron unos doscientos metros. El estampido de un fusil llegó de pronto hasta ellos.

El proyectil estalló en la roca con gran fragor.

—Será mejor que nos protejamos —aconsejó Rottam.

Pero, en el mismo momento, se oyó una espantosa detonación.

Parte del muro desapareció entre una nube de humo y polvo. Antes de que se disipara, algo brotó de la roca.

Los explosivos habían abierto en el muro un enorme orificio, de más de veinte metros de diámetro. Un colosal torrente de agua se precipitó hacia abajo con terrible ímpetu.

Rottam tenía la boca abierta. Abajo, Durdeen y sus secuaces se dieron cuenta de la catástrofe que se les venía encima y trataron de escapar.

La explosión había provocado el nacimiento de una enorme catarata. En unos segundos, miles de toneladas de agua empezaron a correr por la hondonada.

Durdeen y sus hombres trataron de escapar al desastre. Ya

no tenían tiempo.

Las ondas espumeantes se abalanzaron sobre ellos, arrastrándolos como si fuesen simples pajitas. Absorto, Rottam contemplaba el fascinante espectáculo del nacimiento de un río de incalculable caudal.

Mac Kild intentó escapar, remontando las laderas de la hondonada. Por un momento, pareció que lo iba a conseguir, pero la fuerza del agua erosionó la tierra casi instantáneamente y, lanzando un grito de terror, se precipitó en aquel incontenible torrente que ahora tenía un color sucio, casi rojizo, pero que con el tiempo adquiriría la transparencia del vidrio.

Al cabo de un rato, Rottam se volvió hacia el geólogo.

—Usted lo sabía —dijo.

Phu-Wi sonrió.

—Una conversación con Katzer me dio la idea y el sismógrafo hizo lo demás. La roca estaba aquí en equilibrio poco menos que inestable. Bastaron unas cuantas cargas explosivas, para romper la tensión a que se hallaba sometida, debido a la corriente subterránea que circulaba debajo —explicó—. Pero antes, sin embargo, estudié el mapa topográfico. La hondonada no es ni más ni menos que el cauce de un gran río, que se secó en época remotísima. Llega a centenares de kilómetros de distancia, debido al leve desnivel del suelo, y el agua se acumulará en una gran cuenca, para formar un lago de dimensiones gigantescas. Ya no hará falta perforar para tener agua en abundancia.

Rottam se acarició la mandíbula.

—Lo cual me ha dado una idea —dijo—. En la Tierra, yo solía ser aficionado a la pesca.

—Bueno, el lago se puede repoblar de peces —sonrió Katzer.

—Eso está lejos todavía, pero se hará —aseguró Phu-Wi.

—Presiento que trajeron a esos tipos a una trampa —dijo Rottam.

Katzer asintió.

—Fue idea mía. Si Durdeen se enteraba de que estaba vivo, trataría de eliminarme. En la Tierra, a esto que ha pasado

se llama legítima defensa.

—Absolutamente legítima —convino el joven.

El fragor de la catarata era ensordecedor, pero, en aquellos momentos, le pareció la mejor música que podía escuchar.

El brazo derecho de Rottam ciñó posesivamente la cintura de Rubí. Ella se volvió y le miró sonriente.

—Tenemos que volver a la granja —dijo él.

—Sí, querido.

—Hay mucho trabajo retrasado. Hemos de reparar los destrozos causados por la guerra. «Cut» me estará echando de menos, aunque el robot, me imagino, habrá hecho bastante. Pero también tendremos que recuperar los animales domésticos...

—¿Qué hay de los naranjos, Joe? —preguntó ella.

—Dentro de un año tendrás todas las naranjas que quieras. Y también habrá uvas, y haremos vino...

—Un consejo, Joe —dijo Katzer.

—Sí, desde luego.

—Importe olivos de la Tierra. Les costará de crecer más, aun con el acelerador, pero merecerá la pena poder tener un día también aceite.

—Sí, es una buena idea.

El agua seguía cayendo, desplomándose en una catarata de inigualable belleza. Rottam pensó que aquella cascada era la vida para Marte II.

—Ah, Ernie, tenemos que solucionar ciertos problemas legales —dijo de pronto—. Me refiero a los títulos de propiedad de mi granja.

Katzer se echó a reír.

—Yo creí que le corría más prisa una luna de miel —contestó.

Rubí se puso colorada.

—Nos casaremos muy pronto —aseguró.

Entonces, Rottam abrió el candado, le quitó el collar y lo tiró por el acantilado.

—A partir de ahora, el esclavo lo seré yo —dijo,

abrazándola con fuerza.

Un poco más allá, Phu-Wi conversaba con Shyffia.

—Ha sido usted una colaboradora muy eficiente —dijo—. Me gustaría que la colaboración prosiguiera... extensible a otros terrenos, por supuesto.

Shyffia sonrió.

—No hay objeción, profesor —respondió.

Rottam formuló una pregunta a su futura esposa:

—¿No echarás de menos tu planeta?

—Dondequiera que tú estés, yo estaré siempre —dijo Rubí, con los ojos llenos de una luz de esperanza en el futuro.

—Es la respuesta que yo deseaba oír... Viviremos juntos, sin separarnos jamás... y en paz para siempre.

F I N